



Serie ¿Quién fue y qué hizo?

CARLOS GAGINI



Presentado por

Lilia Ramos
y
Mariana de Silva



Ministerio de Cultura Juventud y Deportes
Departamento de Publicaciones
San José, Costa Rica
1972

v1.01 Editorial Electrónica- EDEL
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

INDICE

PROEMIO *por Lilia Ramos*

EVOCACION DE MI PADRE *por Mariana de Silva*

BIOGRAFIA

Niñez venturosa y juventud combativa

Adulter fecunda. La gloria resplandece

Fundación del Liceo Santaneco

En 1918 ...

Nuevas atribuciones. Últimas congojas

ACOTACIONES. *De su correo. Lilia Ramos*

Concherías (Carta facsimilar sobre)

ANTOLOGIA

El árbol enfermo (fragmento)

Actualidad pedagógica (facsimil)

La caída del águila(fragmento)

Al través de mi vida (fragmento)

Las campanas del Carmen

Disciplina escolar

Los maestros y la gramática

Congreso pedagógico de inspectores de escuelas de la República (fragmento)

BIBLIOGRAFIA

Inéditos

Manuscritos extraviados

CRONOLOGIA

PROEMIO

Lilia Ramos

El amor al estudio ha sido una de las fuentes principales de mi ventura. Siento una gratitud enorme por varios maestros admirables; pero ninguno brilla en el firmamento de la sabiduría y en el reino de la bondad, como el excelentísimo Carlos Gagini.

La vocación más fuerte y acendrada lo hizo incorporarse al magisterio. La entrega a su labor docente, habrá de ser un caso raro en la historia de la educación, no sólo porque en él resplandecían los atributos más puros del maestro ideal, sino por la magnitud: casi nueve lustros en las aulas y un lapso mayor con sus libros eminentes aquí y en otros países cultos. En verdad, Carlos Gagini disfrutaba de todas las cualidades que hacen al educador genuino: el sentimiento de comunidad y el don lingüístico en armonía con su vasto saber. Era tan dadivoso que a menudo llegaba a la penuria, al sacrificio, sin que hubiera pregón, lamento ni espera de recompensa. Esto ocurría también con la riqueza inagotable de su erudición.

Carlos Gagini fue un polígloto esclarecido: lenguas muertas y lenguas vivas que le otorgaron una gran autoridad sobre la española. Recuerdo un hecho singular de que fui testigo: las noches dedicadas al aprendizaje del rumano que lo adquirió en un mes. Ante la sorpresa de algunos íntimos, su humildad lo empujó a decir: "¡No hay tal prodigio!": es neolatina y las otras romances ayudan a cualquier estudiante".

Trovador y prosista notable; esteta muy delicado, pintor muy hábil, músico de oído. En sicología, Gagini fue un clarividente. En lingüística, una eminencia de fama universal. Había magia en sus lecciones imperecederas; expuestas diáfananamente, interesantísimas, bien ilustradas. Pero en ocasiones no lograba la atención de los frívolos. Entonces el maestro enrojecía y fijaba su mirada en los turbadores hasta dominarlos. Nunca pasaba del gesto iracundo, ni siquiera a un ademán violento y mucho menos a una voz o locución desagradable. Su prestancia imponía silenciosamente el más sano respeto. Carlos Gagini se erigió un monumento con sus lúcidas y perdurables enseñanzas en el aula, en la conversación amigable; con el libro y, sobre todo, con el ejemplo cimero de su vida tan fecunda al servicio de la humanidad.

EVOCACION DE MI PADRE

Mariana de Silva

Mi fraternal amiga Lilia Ramos me insta a escribir memorias de mi infancia. Por eso, a pesar de tener muy presente el refrán "en casa de herrero cuchillo de palo", voy a hacer la prueba.

Dice bien Amighetti en su libro *Francisco y los caminos*: "La vida se va quedando en los lugares por donde nos ha tocado pasar; los recuerdos no son otra cosa que intentos por recuperar el pasado". Vuelvo los ojos a mi más lejana infancia y veo la figura bienamada de mi "padre": tenía yo tres años, cuando en un barco de la Pacific Mail partimos hacia El Salvador, donde él iba a desempeñar por cuatro años la dirección del Liceo Santaneco. Un viaje, en esos tiempos, era todo un acontecimiento y, por supuesto, la pena de dejar el terruño junto con el mareo causado por el vaivén pusieron fuera de combate a casi todos los miembros de la familia: "mamá", mi tía Enriqueta con sus dos hijos, mi "abuelita", mi hermana Marta. Sólo él y yo quedamos en pie y se dedicó a acompañarme y consolarme en aquella situación que para mí era un caos, algo que cambiaba mi vida incomprensiblemente.

Habíamos perdido a nuestra madre, pocos días después de mi nacimiento, su hermana, él y su esposa fueron nuestros verdaderos padres. Recuerdo cuando me subía sobre sus rodillas en las tardes tranquilas y me relataba, como cuentos, las campañas de Napoleón, me refería los libros de Conan Doyle que le encantaban; me hablaba de Garibaldi, de Sarah Bernhardt, de miles cosas apasionantes que me dejaban fascinada. Le gustaba ver mis reacciones a sus historias de miedo, y al final siempre trataba de que yo buscara la causa de lo que había sucedido para que no me quedara un error, para que me librara de temores.

Cuando regresamos a Costa Rica, vivimos en Guadalupe en una amplia casa, propiedad que aún conserva en parte mi sobrino Rodrigo Bustamante. Detrás de la casa pasaba una acequia que, en tiempos antañones, surtía de agua a los vecinos, cuando no había cañería. Sobre ella habían construido un puentecito de madera por donde se pasaba a un gran solar de una manzana donde había varios árboles frutales, plátanos y otros cultivos. En las tardes de verano nos reuníamos algunos primos y amigas a jugar; él llegaba con algún premio como una moneda o , una golosina y la ofrecía al que, ya anochecido, trajera una hoja de un árbol determinado o una flor de alguna planta que estuviera más lejos y que destacara en la incipiente oscuridad. Por demás está decir que, el que iba, cruzaba el puentecillo tranquilo y resuelto, pero al regresar, su paso tenía un ritmo muy diferente; nervioso y acelerado, lo que hacía reír a los demás. Aprovechaba las ocasiones para demostrarnos que siempre hay que buscar la explicación de todo lo que nos pareciera anormal.

Otra cosa que recuerdo es cuánto le gustaba la música —a menudo había en casa reuniones musicales— y las artes plásticas; la naturaleza en todas sus manifestaciones. ¡Y cómo me hacía admirar lindas obras clásicas! El mismo tomaba a veces pinceles y paleta y, cuando tenía alguna figura más o menos terminada, pero que no le satisfacía, me preguntaba qué era aquello y de mi respuesta dependía a veces su entusiasmo para continuar hasta finalizarla.

El mar y el campo lo hechizaban. Por eso las vacaciones eran pasadas en las costas del Pacífico, por La Barranca, o bien en las montañas de Heredia donde me hacía admirar el paisaje y los ocasos del sol. Gran madrugador, le agradaba que todos en la casa estuvieran en pie muy temprano. Se complacía mucho en ilusionarnos con algo: paseo, fiesta, cine . . . Poco antes de cumplir la promesa, afirmaba que no podía realizarse, para ver como llevábamos la desilusión. Cuando nos disponíamos a hacer otra cosa o nos íbamos a acostar silenciosamente, se mostraba feliz y más tarde, sin mencionar lo ocurrido, trataba de compensarnos bien.

Muchos años iban a transcurrir para que los sicólogos averiguaran la importancia de enseñar al educando a aceptar fracasos y seguir luchando.

Amó tanto a los niños, que siempre recuerdo verlos llegar a la casa, aún cuando nosotras ya estábamos crecidas y me parece verlo y oírlo repartir a un mismo tiempo bromas y cariños. A veces iba al piano para hacer música que supieran bailar o los ponía a cantar. Fue un padre para todos. Verdaderamente, mi hermana Marta y yo fuimos dichosas al ser adoptadas por ellos. Mi tía Enriqueta, al quedar viuda con dos hijos pequeños, encontró refugio a su lado. Cuando nuestro hermano Guillermo perdió su esposa, también sé ocuparon de los hijos y los mimaron hasta el nuevo matrimonio de él.

En El Salvador se hizo cargo de un muchacho, hijo de un policía que murió en un incendio; lo trajo a Costa Rica, donde fue como un hijo hasta que maduró y supo valerse por sí mismo. Todos los jóvenes de la familia acudían a él con toda confianza en demanda de sus consejos, de su humorismo, de su afecto. "Papá" era inagotable fuente de bondad, ternura y comprensión.

BIOGRAFIA

Niñez venturosa y juventud combativa

En 1853 llega a Costa Rica el ciudadano suizo Pedro Gagini Treverso, natural de Lugano, ingeniero constructor. Hombre muy honesto, laborioso, magnánimo, sincero. Pronto empieza a trabajar en diversos lugares del país. A él se deben algunos puentes: los de manpostería de La Quebrada del Fierro, los de los ríos Tiribí y Torres. También edificios públicos: la antigua parte de la aduana de Limón, el Palacio Presidencial(1) y varias casas particulares. Forma un hogar dichoso con Emerenciana Chavarría Diez-Dobles. Mamita Chana para los suyos menores; dama de carácter muy definido, amiga de la independencia y, por lo tanto, de concedérsela a los demás. Muy benévola, afectuosa y comprensiva. Tienen cinco hijos: Mariana, Carlos, Rafaela, María y Enriqueta. Con su profesión, él logra hacer una pequeña fortuna de la que en el decurso pierde gran parte, a causa de adversidades familiares y de garantías a irresponsables.

Carlos inicia sus estudios en la escuela de su tía Juana, media hermana de Emerenciana(2). Un día, la tía Juana actúa impetuosamente con el niño; Pedro detesta la violencia sobre todo como medio educativo, lo traslada a la escuela de su otra tía, Mercedes, madre de Mauro Fernández, con la que rápidamente aprende a leer. Luego entra a una escuela pública donde se imparten materias que le interesan mucho. Su primer maestro fue Alejandro, padre del que luego sería su alumno, Claudio González Rucavado. Mentor demasiado severo, usa la palmeta, pero sólo una vez lo golpea. De todas maneras, Carlos permanece en ella un lapso muy corto. También estudia en un centro docente, Escuela del Sur, dirigido por Angel, hijo de Manuel Romero, fundador de la primera escuela normal en el país. Más tarde, al cumplir los diez años, siente la necesidad de disciplinar su inteligencia; posee las bases idóneas y un ambiente favorable para realizarlo. Ingresa después a la Escuela del Norte. Pío Viquez tiene a su cargo la enseñanza de la gramática y emplea un método 'original que estimula el fervor del alumno. Además, despierta en el chico la devoción por las obras maestras de la literatura.

Es la época de los exámenes públicos y, a pesar de su timidez, dos años seguidos conquista el primer premio de toda la institución. Con mucho agrado habla de su profesor Antonio Escalante que hace de la geometría razonada, una gimnasia mental que el educando juzga que es un curso de lógica. Así, al terminar la enseñanza primaria, Carlos está fascinado con las matemáticas y las letras.

Luego va como interno al Instituto Nacional cuyo director es Adolfo Romero. Halla un personal excelente: descuellan el ingeniero Rodolfo Bertoglio, profesor de matemáticas y Pilar Jiménez, de música ... Y también se distingue Carlos Gagini. Al finalizar el año lectivo, hay una reunión pública a la que asisten damas y caballeros. Entonces se oyen los discursos de las autoridades y de oradores como Antonio Zambrana. Varios estudiantes desarrollan temas científicos; otros hacen experiencias de química, otros resuelven problemas, otros traducen lenguas vivas o muertas. Todas estas demostraciones de saber alternan con coros y por último, se distribuyen los premios; nunca faltan para Carlos.

En el segundo año de humanidades, Valeriano Fernández Ferraz llega a dirigir el organismo y suscita en el joven el gusto por los idiomas clásicos. Para su deleite, Pío Viquez vuelve a ser su maestro; Manuel Veiga lo entusiasma con sus lecciones de historia y José Torres Bonnet fomenta su interés por las ciencias. Es un período feliz para el mozo: no sólo cuenta con un profesorado

notable, sino con una rica y moderna biblioteca de Torres Bonnet. En una oportunidad le presta doce obras en francés, recién venidas. Carlos se entrega a la lectura y luego, en presencia de varios de sus maestros, diserta sobre la circulación de la sangre y va ilustrando su clase objetivamente con la ayuda de material didáctico. Brinda muchos datos que los examinadores ignoraban. Al terminar su conferencia, ante el asombro general, el Dr. Daniel Núñez le dice: "Ud ha hecho un examen como para graduarse de médico".



Izquierda a derecha: David Vargas, Carlos Gagini, Francisco Jinesta Soto y Secundino Orozco.

El discípulo se mantiene conquistando honores, a pesar de su "desmedida afición a las faldas". En esta época, Torres Bonnet le encarga las lecciones de ciencias físicas para maestras; además su primo José Ramón Chavarría le encomienda las de aritmética y así empieza a brillar en una labor docente que se extinguirá con su muerte. Deviene bachiller en 1881. Entonces lo llama su primo y padrino Mauro Fernández para ofrecerle su auxilio para que estudie derecho. El adolescente accede, pero sólo recibe una clase: su vocación es ineludible, será fiel a ella toda su vida y en una entrega impar. Al año siguiente se le nombra profesor de castellano y latín en el Instituto Nacional, regentado por Torres Bonnet. Varios de sus alumnos son mayores que él, pero jamás alteran la

disciplina que se impone por la robustez y amenidad de sus exposiciones y por la destreza para aguijonearlos a pensar. También imparte sus conocimientos en el ahora colegio de José Ramón Chavarría, en la institución privada de Marian Le Cappellain y en otra de María Peralta de Rivero.

La situación económica del país es un desastre y peor la hogareña, sobre todo luego del óbito de su padre el trece de diciembre de 1882. Debe asumir la responsabilidad de la familia. Mamita Chana vigila tiernamente a sus hijos y todos confían en ella como si fuera la hermana mayor. Máximo Fernández se enamora de Mariana y por tratarse de un hombre muy bueno, se fomenta el noviazgo. El dispone todo para la boda, incluso la residencia en el costado norte del —hoy— Museo Bella Vista. Poco antes del matrimonio, la núbil confiesa a su madre que, a pesar de sus virtudes, piensa que no será dichosa con él. Mamita Chana entiende y le dice que realmente ella es la que debe escoger. Curioso dato: años más tarde, Máximo Fernández hará edificar el Castillo Azul con mira al sur de la avenida. Tres años después de su bachillerato, Carlos se matricula en los cursos de ingeniería que dan Rodolfo Bertoglio y Lesmes Jiménez, que habían conseguido que la Universidad estableciera; pero la escuela desaparece unos meses después.

Sin embargo, lo que más le apasiona es su carrera que también sigue con mucho brillo su hermana Mariana quien, además, enseña piano y canto. Y ocasionalmente, con su preciosa voz, da lustre a la misa.

El menester docente de Carlos alcanza tal prestigio que sus jefes llevan a extranjeros a conocerlo como "un educador excepcional" ... "cuya clara inteligencia, cultura e ilustración merecen particular elogio", dice el inspector de Alajuela.(3) El da todas las asignaturas fundamentales y, al mismo tiempo, escribe algunos de sus textos luminosos. En el examen público de castellano presidido por el Dr. José María Castro, Gagini pide a una discípula que tome al azar uno de los periódicos del día para que anote los errores gramaticales; ella selecciona el diario oficial y labora. El director guiña, pero el maestro no sabe interpretar el gesto. El ministro se interesa vivamente en el ejercicio; la alumna halla varias equivocaciones y las enmienda con autoridad. Entonces el Dr. Castro se levanta y exclama: "Un aplauso caluroso para esta jovencita y para su profesor". Terminada la solemnidad informan a Gagini: "El escrito corregido es una comunicación diplomática del mismo Dr. Castro"!

Adulter fecunda. La gloria resplandece

En una oportunidad, Mauro Fernández le ofrece la oficialía mayor del Ministerio de Instrucción Pública, pero a él le disgusta el trabajo administrativo, lo rechaza y propone a Buenaventura Corrales. Entonces le encarga un proyecto de programas para las escuelas primarias. Pocos días después, Gagini le entrega dos para las urbanas y dos para rurales y razona las diferencias entre ambos. Su padrino y jefe refuta sus argumentos y Gagini se niega a ajustarse a su criterio.

La Municipalidad de Alajuela le solicita a su empleado José Astúa que elija directores para las escuelas públicas. Los hermanos Gagini aceptan las plazas. Cuesta mucho a Mauro nombrarlos por ser sus familiares, pero Astúa observa que debe complacer al organismo que los designa. Gagini también desempeña otras funciones docentes en la ciudad. En febrero del 87, se le nombra inspector de escuelas de la provincia. De súbito la nueva: hay una beca a su disposición para que vaya a estudiar ingeniería a Europa. El presidente Soto aprueba con mucho entusiasmo la idea, pero Mauro se opone: afirma que lo necesita en la enseñanza y promete que más tarde lo enviará. ¡Promesa vana! Es pertinente señalar un hecho repetido: la negativa de Mauro Fernández a cooperar al presentarse una ocasión favorable a Gagini. Y más grave aún: su tendencia a obstaculizar el camino del triunfo a su ahijado y pariente. Fuera de los citados, hay sucesos en apoyo del aserto. El se opone a la realización de un plan brillante de Gagini: fundar en Alajuela una escuela normal

atendida por especialistas extranjeros. Concesión de becas, una por cantón al alumno más distinguido, de manera que, una vez con el título, pasara a servir a su lugar natal.

Luego de dos años de permanencia en Alajuela, acepta un puesto en el Liceo de Costa Rica entonces dirigido por el profesor Luis Schonau. Le asignan un grupo díscolo y metamorfosea a los más traviesos en los primeros del grado. Enseña gramática, literatura e historia. En este lapso crea mucho: poesías que figuran en la Lira Costarricense(4), varios ensayos, un cuento largo —El duende del encinar— y una novela —Elisa—. También publica un fragmento de su gramática. En ese tiempo es el director de la revista pedagógica El Maestro. En 1889 empieza a escribir un manual de lectura explicada, una guía inmejorable para los maestros.

El diez de abril de 1890, contrae matrimonio con una damita de personalidad vigorosa, muy buena, linda e inteligente: Ana María Mora Cañas. Nieta de dos generales: José Joaquín Mora y José María Cañas. Hija y nieta de dos mujeres admirables: su madre Elena es: "Oasis, refugio, remanso"(5).

La vida en familia brinda una imagen de Carlos Gagini que apenas altera la que da a sus alumnos o a sus contertulios en diversos lugares. En la cercanía de sus íntimos, su timidez se atenúa y se le mira descansado, a menudo sonriente. Se me ocurre una retrospectiva de su existencia maravillosa. El vigor de su individualidad me trae el pensamiento de Emerson: "Es grande todo el que se empeña en ser lo que es por naturaleza; el que jamás hace recordar a otro". También evoco a Antoine de Saint-Exupéry en su decir: "La dicha no es más que el fervor en los actos y la ventura de la creación".

Carlos Gagini realiza con celo el bien del prójimo en todas las formas y el ejercicio libre de su inspiración. Así vive en paz y siempre en paz y siempre en cosecha inagotable. Con estos milagros armoniza el genio, carisma de los privilegiados. Un demiurgo lleno de facultades singulares, de maestrías raras e innatas, y tales joyas en una maduración completa de una sensibilidad refinada. Sin aprendizaje, pinta(6), compone música, toca guitarra, violín y piano. ¡Y cuántas intuiciones científicas, sobre todo en el campo humano! A esto se une su epistemofilia inveterada. De ahí que no sorprenda su vasta, maciza, universal y profunda sabiduría. Tampoco asombra la fuerza de su dialéctica, evidente en sus renombradas controversias.

También posee una afectividad lingüística sutil, que le permite una comunicación fluida y grata que da un primor excepcional a sus enseñanzas. En las afirmaciones anteriores, está la clave de la veneración de sus conocedores. Y de la envidia funesta de muchos inútiles, fracasados o insatisfechos con su prestigio. Sólo cuando lo hieren injustamente, perturban su trabajo o quieren destruir una conquista o su obra, Gagini reacciona. Siempre lo hace con rapidez, certidumbre y arrojo. Lo más frecuente es que ignore a sus enemigos.

Ideal en su labor docente: de inmediato el alumno percibe su calidad elevadísima, lo respeta, admira y se encariña. Su didáctica es prodigiosa. Al exponer los conocimientos, sigue la fórmula de Goethe: dar la esencia con amenidad. Y su propósito es formar humanistas. Despierta intereses, mueve al estudiante a pensar, a manifestarse con nitidez y precisión. También persigue enseñarlo a observar acuciosamente y a progresar con la amistad de eruditos y libros. Antes de los exámenes advierte que deben eludirse los términos literales del educador o del texto, así como las estereotipias. El discípulo tiene que aprender a expresarse con sus giros, limarlos y evitar lugares comunes y ampulosidad. En las pruebas de literatura, solicita la interpretación del tenor en juicios individuales acerca del valor de la obra desde varios ángulos de mira: humano, estético, gramatical... En las de sicología, su fin es averiguar si el alumno ha asimilado los fundamentos para estudiarse y comprender a los demás.

Inmejorable en la orientación de las controversias en la hora semanal para debates⁷. Sugiere temas enardecedores: la educación cívica, los regímenes políticos, la inferioridad de la mujer £, la pena de muerte, el imperialismo ... Da trascendencia máxima a la actitud de los contendientes: los ayuda a adiestrarse en el arte de escuchar. Luego, a reprimir los ataques ad hominem. En el fuego de la discusión, otorga primacía a la claridad de los argumentos y al lenguaje usado para esgrimirlos. La lógica en acción.

Varios alumnos del sexto año del Liceo de Costa Rica estamos exhaustos después de afanarnos inútilmente en resolver una ecuación. El ruido atrae al profesor Gagini al salir de la biblioteca junto a nuestra aula. Un compañero lo invita a entrar, tal vez con la idea de darnos un reposo con su plática. El ojea el tablero y dice:

—Siempre me han apasionado las matemáticas.

—Usted podría auxiliarnos, añadido. Repara en la pizarra y:

—Están en apuros, ¿verdad?

—Durante largo rato hemos hecho esfuerzos para despejar la incógnita sin lograrlo.

—¡Imposible! —Borra un signo, escribe el contrario y ...

Deux ex machina: con velocidad, todo va sobre ruedas.

A propósito ... Gagini inventa un aritmógrafo que se adopta oficialmente. No cobra ni sigue su destino.

La Sonata en si menor de Liszt no se había escuchado en Costa Rica. Elsa de Echandi obtiene la pieza y ... ¿cuánto después?, la espléndida la ejecuta en su casa para los asiduos. Terminada la audición, brotan los elogios: la plática se generaliza y se habla de los instrumentistas de oído. Alguien asegura que Gagini es uno y lo empuja suavemente hacia el piano.

El obedece y ... toca la Sonata apenas cometiendo errores triviales.

Primer día en el Instituto Pedagógico, Universidad de Chile. Me presentan al notable filólogo y catedrático, Dr. Rodolfo Oroz.

—Nos agrada mucho tener alumnos de otros lugares. Nos dan ocasión para acercarnos espiritualmente. ¿De dónde es usted? —De Costa Rica.

—Para mí, su país significa dos tesoros incomparables: Carlos Gagini, el sabio formidable y la democracia mejor de nuestra América.

En 1891, Gagini deviene redactor de Costa Rica Ilustrada, ad honorem. Y termina su libro magistral: Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica, que el presidente Rodríguez hace editar en la Imprenta Nacional. Esta cumbre gana el premio Medalla de Plata en la Exposición de Guatemala de 1897.

De 1890 a 1893, actividad intensa. Publicación de obras literarias algunas traducidas por él. También lanza muchas críticas y una de ellas resulta de gran trascendencia. Reprueba a Aquileo Echeverría por la busca de inspiración en temas españoles para sus romances, en vez de explotar los del terruño. El poeta agradece el consejo y posteriormente su libro *Concherías* ve la luz. Y a

propósito ... Gagini polemiza con Ricardo Fernández Guardia: éste alega que nuestro pueblo es torpe y que Costa Rica no tiene asuntos para la creación. Lo juzga "desprovisto de toda poesía y originalidad"; admite su admiración por los parisienses y su desdén por las indias de Pacaca(9). Abundan las controversias en esa época; una ruidosa es con Juan Fernández Ferraz en la que Gagini demuestra que los llamados nahuatlismos de Costa Rica, no lo son: da los hontanares castellanos y otros diversos que es inoportuno mencionar.

Allende los lindes patrios comienza a recibir distinciones otorgadas por sociedades célebres: Asociación de Escritores y Artistas Españoles —presidida por Gaspar Núñez de Arce—, de las Academias de Historia y Geografía y de la de Ceará, ambas de Brasil, de la Salvadoreña y de la de Guatemala.

En 1892 se le nombra director del Instituto de Alajuela, con internado, y de la Escuela Pública Anexa. En 1894 Rafael Yglesias suprime el centro educativo. En 1895 es nombrado director del Liceo de Costa Rica. Topa con estudiantes rebeldes, holgazanes, desaliñados. Contra su voluntad, implanta la disciplina por medios represivos. Lenta y seguramente, los colegiales van percibiendo los beneficios del orden y del aseo; en poco tiempo todos laboran en un medio sereno y democrático. Al año que sigue se inaugura el Monumento de la Guerra del 56 en el Parque Nacional y los liceístas se distinguen por su buena conducta.

Una serie de intrigas de las que Gagini se mantiene aparte, lo obliga a renunciar. Todo el personal, menos un miembro, es trasladado al Colegio Superior de Señoritas que rige Marian Le Cappellain.

En 1900 comienza El Marqués de Talamanca. Eduardo Cuevas, fundador de la Escuela de Música, sugiere que transformen la obra en zarzuela. Así, con su música se estrena el 24 de noviembre en el Teatro Nacional con una victoria inaudita. La representación se itera muchas veces en la capital y en provincias. Días más tarde, el gobierno aprueba El Lector Costarricense como libro de lectura para las escuelas y dispone que el autor vaya a la Madre Patria a hacerlo imprimir. Permanece tres meses en España —Santander, Bilbao, Zaragoza y Barcelona—, uno en París y dos semanas en Nueva York.

Fundación del Liceo Santaneco

A su retorno encuentra un ambiente muy desagradable, de manejos tenebrosos. Se había atacado muy duramente el trabajo del Ministerio de Instrucción pública. Y algunos están aprovechando la ocasión para una arteria política. Gagini se mantiene lejos de las maquinaciones, pero sus triunfos originan envidias y varios sujetos en la batalla se empeñan en perjudicarlo. Absorto en sus faenas, ignora la contienda, mas observa que el ministro Leónidas Pacheco está reduciendo progresivamente su sueldo. No se lamenta ni reclama. El gobierno de El Salvador le propone el establecimiento y la jefatura de un colegio. Desconoce las estipulaciones y habla con su señora.

—¿Por qué no vas mejor allá y arreglas eso personalmente? me dijo mi esposa siempre resuelta y efectiva como buena nieta de dos generales.

—Porque no tengo un céntimo y debo unos mil colones.

Anita, compañera ideal, salió sin decir palabra y a la tarde volvió con el dinero que había pedido a un tío suyo. Así fue como al día siguiente iba yo camino del puerto, en busca de una tierra más hospitalaria en donde poder ganarme la vida sin amarguras(10).

Se embarca en enero de 1904 y una vez arreglada la situación, hace que su familia viaje de inmediato: Elena, su suegra, —Anita, esposa—, sus hijas adoptivas Marta y Mariana. Además, su hermana Enriqueta viuda de Salazar y sus hijos Carlos y Guillermo. También se lleva a algunos colegas: Numa P. Aguilar, Belarmino Arce, Pablo González, Santiago Gutiérrez y José María Orozco. La permanencia es de cuatro años. Trabaja felizmente en goce de todas las facilidades y de libertad para llevar a la práctica sus ideas avanzadas en el campo pedagógico. Y también de una remuneración grande.



Ana María Mora Callas esposa del profesor Gagini, en El Salvador hacia 1906.

Desde el principio conquista la veneración de sus alumnos, de sus padres y la estima y cariño profundos de todos los ciudadanos que lo conocen. Justo es consignar entre ellos a las altas autoridades civiles y militares del país, incluyendo al presidente José Escalón. Debido a trastornos políticos se llega a la irregularidad y hasta a la falta de pago de los sueldos: esto impulsa a Gagini a abandonar Santa Ana. Más tarde le cancelan la deuda y con ese dinero compra una propiedad en Guadalupe(11) donde habrá de erigir una morada amplia, sencilla, con jardín, huerta y labrantío de experimentación agrícola. Todos regresan a Costa Rica en diciembre de 1907. Siempre abrigará memorias saudadasas de la tierra salvadoreña, acogedora, donde, según él "disfruté de una tranquilidad y de unas atenciones que jamás encontré en mi patria".(12)

De nuevo en Costa Rica. Cuando aún estaba en El Salvador, acepta una cátedra en el Liceo de Costa Rica ofrecida por Luis Anderson, Ministro de Instrucción Pública. Unos meses después le propone la subsecretaría correspondiente y accede con la condición de tener amplia libertad. Entonces prepara una nueva ley de educación común, visita escuelas y colegios y pone a trabajar una serie de ideas revolucionarias. Por desgracia, el licenciado Anderson, su ex-alumno y buen amigo, deja la cartera y el sucesor, Alfredo Volio, sólo permite decisiones del presidente. En esa época, Brenes Mesen y García Monge dan a conocer un denominado proyecto de programas y los inspectores exponen argumentos sensatos en su contra. Los planes de Carlos Gagini son ágiles, sencillos e inspirados en las necesidades de nuestro país. Luego de estudios y pequeñas reformas, se adoptan y se ponen en vigencia hasta 1918 y él, siempre dadivoso, regala su trabajo.

El ministro Volio, empecinado en su actitud restrictiva, no envía al congreso un proyecto de ley general de educación hecho por Gagini, alegando que es muy atrevido. Para muchos, el maestro es un visionario y ... se asustan de verlo en acción, lo cierto es que sus ideas son de vanguardia.

Fatigado con los incomprensivos o miedosos, dispone volver a su labor predilecta. Los heredianos facilitan su resolución: le piden que vaya a regentar su Liceo. Los complace de inmediato y servirá durante seis años, que en sus evocaciones, se yerguen siempre como un período muy venturoso. Retorna a San José con el fin de seguir tras la reorganización educativa de todo el país.

Su creación en movimiento continuo, su espíritu libre y audaz y sus metas diáfanas, tropiezan con un medio espantadizo y retrógrado. ¡Es tremendo para él verse bajo la férula de mediocres o ineptos sin anhelo de progreso! El calla, pero se adivina su dolor. Item: muchos entienden, asimilan sus concepciones, mas no ayudan. Arduo carecer de autoría y mirar a otros produciendo sin tregua: hay unos envidiosos que se arriman a la tarea con el objeto sub o inconsciente de malograr los frutos. Entonces vuelve a enseñar: sicología, lógica y filología en el Liceo de Costa Rica. Del quince al diecisiete, dirige la Biblioteca Nacional y después, un lapso corto, la Imprenta Nacional.

En 1918...

El presidente Federico Tinoco desea nombrarlo Ministro de Instrucción Pública; Gagini rechaza la oferta. Existe la posibilidad de tener la dirección de la Escuela Normal de Costa Rica, abierta dos años antes y blanco de censura rígida por varios hechos estimados impropios en una entidad para la formación de educadores. Gagini piensa que él reúne los requisitos indispensables para encaminarla por un rumbo idóneo.

Toda labor realizada por Carlos Gagini es trascendental. De algunas apenas se dan nociones para no alargar demasiado la reseña biográfica. Sin embargo, su faena educativa en la segunda etapa en Heredia, demanda algunas aclaraciones en honor a la verdad. Entonces brotan adversarios gratuitos, algunos de los cuales llegan a calumniarlo. Un maestro relevante había dirigido la institución hasta crear una república legítima. Una sensiblería mórbida imperaba oscureciendo sus méritos y contagiando a muchos profesores y alumnos. Lo reemplaza un secuaz fiel que naturalmente, mantiene el clima afectivo de su -antecesor. Las diversas actividades se prolongan hasta las veintiuna, pues las horas lectivas siempre se interrumpen con sucesos insólitos: los minutos de silencio. A una señal —una canción triste, por ejemplo—, se suspende la clase para que todos se pongan a discurrir sobre alguno de los temas: luchas, dolores, injusticias, temporalidad y misterio de la vida, el crimen de la guerra . . . Esto origina un espectáculo teatral. Item: en el trajín diario, las noticias de los pueblos en beligerancia, una flor mustia, las hojas marchitas de un árbol, los gorjeos de una ave implorando agua, provocan sollozos, lágrimas o quejas en las almas enfermizas. El ambiente favorece los idilios, normales en esa edad, entre jóvenes y adultos. Muy pocos discípulos

rechazan el sentimentalismo patológico, mas su comportamiento se esfuma en el vacío. Todo contribuye para que grave una atmósfera intolerable desde la designación del profesor Gagini. Para muchos colegas y estudiantes, él será un intruso capaz de alterar de una manera radical, un mundo en que viven a gusto. Resuelven aplicarle la ley del hielo. Otros quieren humillarlo y por eso intentan agredirlo. La prestancia, la dignidad y el estoicismo con que hace frente al combate, ganan el respeto y la admiración de muchos enemigos. A su actitud se unen las enseñanzas fascinadoras que él imparte en el aula. Cultiva relaciones absolutamente ajenas a la conquista de adeptos: es un hombre de vigor extraordinario y aficionado a autodesafíos. Tranquila y silenciosamente, va cambiando la vida hasta llevarla a un plano real, serio y ubérrimo.

Nuevas atribuciones. Últimas congojas

Una sucesión de tragedias conmueve profundamente al maestro, pero nada lo aflige como el óbito en un término corto de sus adoradas Anita y Elena, esposa y suegra.

Ningún puesto administrativo, por bueno que sea, lo atrae como la función docente. Este motivo lo lleva a gestionar lecciones en San José. Las obtiene enseguida en el Liceo de Costa Rica y en el Colegio Superior de Señoritas. En estos organismos imparte lecciones de seis asignaturas de sus muchas especialidades. Luego también desempeña la inspección de colegios. Más tarde le ofrecen la jefatura de la sección histórica de documentos en los Archivos Nacionales. Esto le agrada mucho y lleva a su hija Mariana a colaborar. Juntos traducen numerosos legajos de enorme valor para los anales centroamericanos. Posteriormente serán utilizados por numerosos investigadores.

En 1922 se le hace miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española. A fines de 1923, se ve obligado a declarar que se siente enfermo y a ponerse en manos de un médico. Este sugiere la necesidad de una temporada en Puntarenas, donde vive su hermana Enriqueta. Todo esto ocurre en las vacaciones y antes de regresar, le llega una carta de la señorita Ester de Mezerville en que le pide la renuncia de sus clases en el Colegio Superior de Señoritas. El maestro vuelve a la capital y casi termina el curso lectivo en el Liceo de Costa Rica: en setiembre ya está moribundo y contra su deseo, solicita la jubilación. Únicamente su valentía insuperable lo mantiene de pie y así puede recibir el homenaje cordialísimo que se le rinde en el Liceo de Costa Rica. Después su mal empeora y muere sin cumplir los sesenta años, el 31 de marzo de 1925.

En los funerales de Balzac, Víctor Hugo expresó:

"Los grandes hombres construyen su pedestal. El porvenir se encarga de la estatua".

El maestro por antonomasia tendrá la suya ... y su benemeritazgo.

NOTAS

1. *Donde hoy está el Banco Nacional.*
2. *Su madre, Francisca Diez-Dobles casó en primeras nupcias con Juan de Acuña y en segundas, con Ramón Chavarría.*
3. *Historia del desarrollo de la instrucción pública en Costa Rica, Luis F. González. Imprenta Lehmann, San José, Costa Rica, 1961.*
4. *Florilegio de Máximo Fernández. Tipografía Nacional. San José, Costa Rica, 1891.*
5. *Fulgores de mi ocaso. Lilia Ramos. Inédito.*
6. *Una acuarela obtiene el primer galardón en un concurso en el Salvador.*
7. *En plan del Liceo de Costa Rica.*
8. *Hay cuatro damas en el grupo.*
9. *El costumbrismo en Costa Rica, Margarita Castro Rawson. Editorial Costa Rica. Imprenta Las Américas, 1966.*
10. *Al través de mi vida. Editorial Costa Rica. Imprenta Trejos, San José, 1961. Gagini dejó su manuscrito sin corregirlo.*
11. *En las afueras de nuestra capital.*
12. *Op. Cit.*

ACOTACIONES

De su correo

Lilia Ramos

Carlos Gagini corresponde con varias notabilidades extranjeras. El intercambio es muy provechoso: lo nuestro va a correr suerte a otros lugares y lo ajeno llega a hacer lo mismo y se da el enriquecimiento mutuo. Es lamentable que gran parte del epistolario se haya extraviado: habría sido varias minas explotables en diversos campos. En esas cartas, las eminencias hablan de su vida, de lingüística, filología, literatura . . . Y también de los conflictos de su medio que revelan su proceder ante ellos.

Todos los corresponsales sienten que el profesor Gagini es su amigo íntimo. Los más cariñosos y fieles son: Francisco Gavidia, Rufino José Cuervo y Ricardo Palma. El último, en sus años posteriores, ya muy vencido por décadas y luchas, recurre a una de sus hijas para dirigirse a Gagini: no se resigna a perder el vínculo.

La misiva de Gagini a Cuervo que figura en este libro, tiene su pequeña historia. La señorita Ninón Millán, delegada cultural de Colombia en Costa Rica, me solicita que la lleve a casa de Mariana de Silva. Quiere obtener en préstamo las cartas del autor de *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* a Carlos Gagini, para que el Instituto Caro y Cuervo integre su epistolario. La hija accede y en vano espera algunos meses ... se inquieta por la demora en la restitución. Luego de mucho tiempo, las recibe y adjunta, la fotocopia de la que se reproduce.

El carteo empieza en 1893. En la primera comunicación, Rufino José menciona Barbarismos y provincialismos de Costa Rica.

"Da Ud. en él pruebas de tan sólida doctrina y de tan sano juicio, que no tiene por qué mostrarse descontento de su obra y menos dar tal importancia a las imperfectas mías. Ahora mismo trabajo en refundir completamente las Apuntaciones reduciéndolas a un plan científico de que carecían y dándoles más amplitud, con el designio de que aparezca la gran conformidad que existe entre el lenguaje popular de España y las Américas, no menos que el habla literaria, buena o mala, de aquí y allende el Océano. El trabajo de Ud. no sólo me servirá de documento fehaciente con respecto a su patria, sino como fuente general y bien dirigida ciencia filológica". París. 8 - octubre de 1893.

El 15 de enero de 1895, Gagini pide a Cuervo que le formule observaciones y le enmiende errores que halle en su Diccionario:

"... pues en vista de sus numerosos defectos, como escrito en un mes, pienso hacer pronto una nueva edición".

El mensaje del 28 de junio, 1903, termina

así:

"... sincero amigo y admirador apasionado". Rufino J. Cuervo

Y le cuenta:

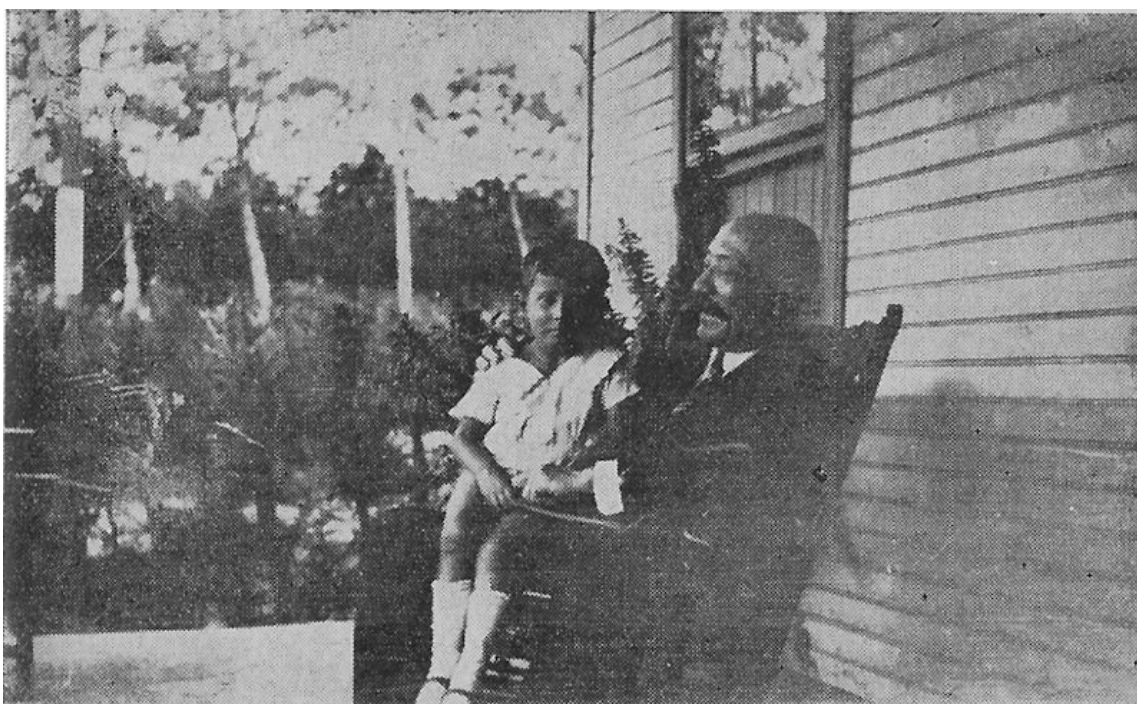
"Estoy ordenando los materiales para la parte final de las futuras Apuntaciones y cabalmente estoy ocupado en los apuntes que había sacado de la obra de Ud.; si no la he

acabado de revisar ha sido a causa de haberme embarcado en averiguar la actuación general de los nombres hebreos, con ocasión de lo que Ud. dice sobre Neftalí. Supongo, pues, que me será menos difícil escribir teniendo las ideas frescas".

Cuando en enero de 1904 de París le envía su prólogo-estudio para el Diccionario de costarrriqueñismos, Cuervo se muestra insatisfecho con el trabajo realizado y añade:

"... me parece largo y pesado. Ud. es árbitro supremo y le dejo toda libertad para publicarlo o desecharlo".

Después le reitera su cariño y aprecio muy elevados, por su talento. Al mandarle, también de París, su obra *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, según él en su quinta edición(1) le dice:



Don Carlos Gagini en su casa de Guadalupe en 1924, con su sobrino-nieto, Carlos Guillermo Vargas

"...va con la presente a saludar a Ud. y a pedirle indulgencia".

Por hallarse enfermo, apenas ha hojeado sus Vocabulario y Gramática. Le manifiesta:

"...estimo mucho lo que Ud. hace para mejorar y fecundizar el estudio de nuestra lengua. Felicito a Ud. de corazón". Ibidem, 20 de octubre, 1906: quiere salud para su corresponsal, *"gloria de nuestra letras"*.

A menudo, en las epístolas de Cuervo hay lamentaciones de sus enfermedades, síntomas neurasténicos para él. Sin embargo, me parecen originados en una hipocondría.

El diálogo por correspondencia, es también muy vivo con Ricardo Palma. Al escribir a Gagini, parece agradarse al emplear vocablos familiares y americanismos. A veces, lo consulta después de haber usado una palabra o locución. El 30 de enero de 1902. piensa:

"Soy de opinión que los americanos, así como en lo político nos independizamos de España, debemos también romper el yugo académico y formar nuestro Diccionario americano. En la última edición del Diccionario (1899) nos sale la Academia imponiendo que escribamos y digamos lengua quichua o quechua, cuando en América, nosotros, los dueños de la palabra, hemos durante siglos y siglos dicho y escrito quechua y quichua. ¿No es esto, amigo mío, una insolencia académica? No somos nosotros, es la Academia quien se empeña en romper con nosotros a fuerza de intransigencias y de pretensión a imponernos hasta sus disparates, cuando define americanismos como sucede con los vocablos anaco, cancha y otros muchos".

En su epístola, 14 de marzo de 1903, dice:

"La gratísima carta de Ud. del mes de febrero, armoniza por completo con mis viejas convicciones sobre necesidad de independizarnos de España en materia de lenguaje, así como nos independizamos en el orden político. En mi librejo sobre Neologismos y Americanismos publicado hace ocho años, sostuve que los cincuenta millones de americanos que rendimos tributo al habla de Castilla, debemos romper con la autoritaria Academia cuyo Diccionario (escribía yo) es como un cordón sanitario entre España y América. Que siga en buena hora la Academia legislando para sus dieciocho millones de españoles, entre los que doce millones son de analfabetos, y formemos nosotros una Academia o Congreso literario. En 1898 se lanzó mi idea en periódicos de México, Buenos Aires, Bolivia, Venezuela, Chile y otras repúblicas; pero me convencí de que por ahora el pensamiento es irrealizable, no porque lo estimara errado, sino porque no hay verdadera' confraternidad americana". Ibidem ...

"Ahora mismo tengo en prensa un librejo con el título de Notas lexicográficas o Papeletas para el Diccionario. La impresión se concluirá en la primera quincena de Junio. Inmediatamente enviaré a Ud. ejemplar. Verá Ud. que no son pocos los zurriagazos que a la Academia aplico ... por sus intransigencias despóticas".

Luego de dirigir veintiocho años la Biblioteca Nacional, Lima, Palma va a residir a Mira-flores, a legua y media de la capital. En misivas, febrero 18 de 1915, cuenta a Gagini el bautizo de la Calle Ricardo Palma, en la que vive. En otra, el peruano da al tico una receta contra las polillas.

Es muy posible que Gagini facilitara a alguien los mensajes de Francisco Gavidia. No aparecen y hay seguridad de las relaciones estrechas de ambos. El año en que se verifica el matrimonio de Gagini, el autor de Sooter o Tierra de Preseas viene a Costa Rica. ¿Amistan entonces?

Es probable, en 1891, Gavidia es el director de La Prensa Libre(2). ¿O cuando Gagini radica en El Salvador? Carlos Gagini y Francisco Gavidia son coevos: nacen en 1865. Una simple mirada a las publicaciones de un siglo después y a la celebración del centenario en nuestros países, comprueba la frialdad de los ticos con su ilustrísimo. De El Salvador poseo cuatro libros excelentes biografías, estudios, florilegios, etc. de su espectable. En Costa Rica, La Universidad homenajea a Gagini— varias conferencias espléndidas, y la revista *Pórtico* le dedica su número seis con el que fallece. Lo demás ... es silencio.

Ocurso(3) de los artesanos de San José para que se funde una escuela de artes y oficios

M. honorable Sr. Secretario de Estado en el Despacho de Fomento.

Los que suscribimos ciudadanos de esta República, a Ud. honorable respetuosamente exponemos:

Nosotros a consecuencia de la grave crisis que hace algunos años viene atravesando el país, se ha hecho hasta difícil la situación del pueblo trabajador, que sin empresas, que sólo la abundancia de capitales origina y mantiene, carece de empleo para su actividad, y que, por otra parte, no posee los recursos necesarios para esperar sereno época más bonancible. Bien doloroso tiene que ser que, en situación como la presente, las artes útiles, lejos de abrir ancho campo al trabajo, y dar alivio con ello a la común miseria, enriquezcan a determinados monopolizadores por la carencia que hay en el país de conocimientos técnicos, sin que se establezcan por otra parte la competencia de esfuerzos, que tanto aprovecha el público consumidor. Un solo fabricante de jabón, dos costureras que merecen ese nombre, dos sastres, tres zapateros, un fundidor cuenta la capital de la República, y si echamos una mirada sobre otras artes mecánicas y sobre otras industrias, no es más consolador el espectáculo. En cuanto a las provincias su situación es por supuesto mucho más oscura. Entretanto, importa abundantemente el país ropas y artefactos de todo género, de la peor calidad posible, y muchos hombres ansiosos de honrado trabajo y con aptitud acaso genial para las artes, carecen de labor y de pan, sin que tengan a su alcance la posibilidad de entrar en la lucha fecunda de la industria, con que tanto ganaría, además de ello, el desarrollo bien entendido del país.

Una escuela de artes y oficios crearía, honorable señor, una fuente viva de trabajo y de riqueza, y el Gobierno que la levantara escribiría su nombre en un monumento glorioso y duradero. Inútil es ocuparse de demostrarlo ante quien tenga idea cabal de las circunstancias que atravesamos y mucho más inútil entrar en detalles que no pueden estar ocultos para la ilustración de V. S.

Suplicamos, pues, al Supremo Gobierno, por su distinguido conducto, la creación de una enseñanza de artes y oficios, que responda a Las necesidades más urgentes, que esté de acuerdo con los recursos del país.

San José, Octubre 29 de 1881.

Pedro Gagini, Pedro Márquez, Enrique Delgado, Gregorio Quesada U.

(Siguen muchísimas firmas entre ellas la de don Manuel Dengo, quien ofrece gratis sus servicios como profesor). La Gaceta del 11 de Febrero de 1883.

El lector apreciará las inquietudes de don Pedro Gagini. En lo concerniente a su redacción, recuerde que el italiano era su lengua nativa. Observe, además, la demora inmensa para la publicación. Al salir, don Pedro había muerto.

Ni descuido ni arbitrariedad. En algunos casos se empleó el singular: en las afirmaciones exclusivas de la alumna.

— Concheiros —

Tres lustros hace que publiqué en Costa Rica Ilustrada algunas apreciaciones sobre los poetas que figuraban en la Lira Costarricense. Me esforzaba yo entonces en inspirar a mis alumnos del Liceo el amor a las cosas de la Tierra, apartándolos de la sutil y ridícula imitación de asuntos exóticos; por cierto que mi propaganda en pro del nacionalismo me acarreó una polémica con un estimado amigo que hoy ha cosechado espléndida laureles en el mismo campo que en aquella época desdeñaba.

Recuerdo que refiriéndome a Aquiles decía yo que era de la madre de que se hacen los verdaderos poetas, y que lamentaba de que no tomara en serio la poesía, constituyendo un poco los grandes modelos para mejorar su estética. Sus composiciones adolecían de lunares que sólo el cultivo del buen gusto podía curar y se resentían del espíritu de imitación que dominaba entonces entre los que escalamos las páginas de la malhadada Lira (¡perdón, oh Muses!); pero no obstante esto, revelaba al verdadero poeta, al que siente, hace sentir.

El tiempo me ha dado la razón. ¡Con qué íntimo placer saboreo en este momento las Concheiras! Este es un libro para los desterrados. Estoy solo en mi oficina. Son las once de la noche. El colegio yace en profundo silencio. De los amplios corredores parece venir una brisa, cargada de rumores y aromas conocidos. No estoy en Guadalupe, en la casona donde viví durante un año. Si: esos perfumes son

los de la caña de caña y del sauco que formaban la cerca del jardinillo. Esas voces aguardientosas que se oyen en la esquina; no son las de mi tía María y Balbino que disputan el salir de la botanica taguilla¹ si, son las mismas voces graves y monótonas de nuestros campesinos. Para completar la ilusión dos cocheros lejanos disparados por caminos que vuelven de Esquipulas — se me figuran los que allá en el terreno anuncian la vela de angélica y el bullicioso rosario. Ya no leo las páginas: las oigo. En la mano tengo un pedazo de carne palpitante de la patina. Las fotografías, los grabados de los penitentes que representan figuras del suelo querido, me podían jamás producir una emoción tan dulce ni tan intensa. Esta noche he sentido cerca de mí a Costa Rica;
~~¡Concheiros y Aquiles!~~ Todos los expatriados deben bendecir a Aquiles. Yo le bendigo y le envío un abrazo.

Rep. de El Salvador. Santi Am., 1.º de febrero de 1906

B. Figueroa

NOTAS

1. *No coincide la fecha que él da con la que lleva su libro en la de mi biblioteca: es la novena hecha en 1955. H. R.*
2. *Gavidia. Mario Hernández Aguirre. Ministerio de Educación. Dirección General de Cultura. San Salvador 1968.*
3. *Ocurso es americanismo. Significa petición escrita.*



Carlos Gagini y su esposa tomados de una miniatura.

ANTOLOGIA

EL ARBOL ENFERMO

(Fragmento)

El viajero levantó entonces la frente, como quien despierta de improviso, y al reconocer el paraje brillaron sus ojos, se irguió en la silla, se limpió el rostro con el pañuelo y sacudió con el latiguillo el vestido y las polainas de charol. Dos minutos después se detuvo delante de una verja de hierro cuyo cerrojo descorrió sin bajarse del caballo.

A unos cien pasos de allí, en medio de una meseta se levantaba un elegante y espacioso edificio de ladrillo, de un solo piso, delante del cual se extendía un jardín de más de media hectárea, en cuyo centro se alzaba un higuero gigantesco.

Ocupaba casi toda la fachada, situada al poniente, una amplia galería de vidrieras corredizas sostenida por columnas de hierro pintadas de blanco con capitales dorados, adornada con multitud de canastas de parásitas raras, cajones con pacayas y macetas con helechos y amueblada con sillones y canapés de junco y mesitas de laca. Sobre la galería una azotea con balaustrada de jaspe, permitía admirar en toda su magnificencia el vasto panorama antes descrito y, por el lado opuesto, la pelada cumbre del Irazú calcinada por las erupciones.

Veíanse detrás de la casa otras construcciones más modestas, las cuadras, establos y demás dependencias de la quinta, y más lejos colinas y planicies cubiertas de lozanos pastos. El joven echó pie a tierra cerca de la escalinata de mármol de la galería y un criado acudió presuroso para llevar el caballo a la cuadra.

—Dile a Fermín que no bañe a Menelik hasta que se refresque, dijo el recién llegado. Y luego, viendo cerrada la puerta de la galería, añadió: ¿No se ha levantado la familia?

—La niña Margarita creo que no, respondió al mozo mientras quitaba el freno al potro; pero doña Virginia está en el comedor. ¿Quiere que le avise?—

—Mejor no le digas nada, pues voy a quedarme un rato en el jardín. ¿Y don Rafael?

—Anda viendo la finca con el extranjero.

—¿Un extranjero?

—Sí, un señor que llegó a pie hace un rato.

El mozo se alejó con el caballo y el caballero, después de vagar un momento por las enarenadas callejuelas, se sentó dentro de una glorieta, sacó del bolsillo una cartera y un lápiz y se dispuso a escribir.

Imposible es imaginar sitio más delicioso que aquel bien cuidado jardín con sus macizos de rosales de todas las variedades imaginables, sus arriates poblados de claveles, azucenas, jazmines, con cenefas violetas y geranios en medio de los cuales se erguían de trecho en trecho camelias blancas y

rosadas, lirios y nardos de exquisito perfume. No se oía otro ruido que el lejano bramar de las vacas, el chapoteo de los surtidores de dos fuentes rústicas en cuyas puras aguas bullían mil pececillos y el zumbido de las abejas y moscardones que acudían en bandadas a disfrutar del banquete que allí les brindaba la naturaleza auxiliada por el arte.

El matinal visitante escribía a ratos, luego soltaba el lápiz y movía maquinalmente los labios y de cuando en cuando dirigía la mirada a las ventanas de la casa cuyos postigos continuaban cerrados. De pronto crujió cerca de él la arena y oyó una voz que decía: —¿Tú aquí tan temprano? Volvió vivamente la cabeza y se encontró enfrente de dos personas.

Una, la que había hablado, era un hombre como de sesenta años, alto, enjuto, de nariz aguileña y de fisonomía que recordaba la de los antiguos caballeros castellanos: tenía el pelo y el bigote enteramente blancos y vestía largo gabán gris con gorra del mismo color. Su acompañante era un joven de elevada estatura, colorado, robusto, enteramente afeitado, de cabello rubio y de grandes ojos azules, ejemplar magnífico de la raza sajona.

El interpelado salió de la glorieta y se apresuró a estrechar cariñosamente la mano del viejo que, volviéndose al extranjero, le dijo:

—Mister Ward, tengo el honor de presentarle a uno de nuestros mejores abogados, don Fernando Rodríguez.

—¡Hola!, agregó al ver que el joven moreno guardaba la libreta y el lápiz: ¿estaba escribiendo . . . haciendo versos tal vez?

El señor, continuó dirigiéndose al sajón, es también uno de los más distinguidos literatos del país y tiene ya escritas varias obras.

Mr. Ward se inclinó nuevamente y dijo con sonrisa indefinible:

—He tenido el placer de leer algunas producciones tuyas en los periódicos, así como los merecidos elogios que de ellas hacen los críticos.

Se expresaba en correcto castellano, con ligero acento inglés, pero pronunciaba nuestro idioma como si hubiere residido largo tiempo en los países hispano-americanos.

Sentáronse los tres a la sombra de la glorieta y la conversación versó sobre tópicos vulgares. Pasados algunos minutos se levantó el extranjero y se dispuso a marcharse.

—¿Cómo? ¿No se queda Ud. a almorzar con nosotros?, dijo el anciano.

—No es posible porque tengo asuntos urgentes en la capital.

—Pues entonces, replicó don Rafael, queda Ud. invitado para el domingo. Figúrate, prosiguió dirigiéndose a Fernando, que Mr. Ward tuvo que dejar el automóvil en una casucha a mitad del camino porque no pudo subir la cuesta del río. Aguárdese Ud. un momento para mandar que le ensille un caballo.

—Gracias, no se moleste Ud. Estoy muy acostumbrado a hacer largas jornadas a pie y para mí es un placer estirar las piernas. Además, el auto no está lejos.

Mientras el dueño de la quinta iba a acompañar hasta la verja al americano, Fernando, que había reanudado sus paseos por el jardín, se detuvo de repente mirando hacia la casa. La puerta de la galería acababa de abrirse y dos mujeres descendieron por la escalinata, dirigiéndose al paraje en donde se encontraba el joven. La que venía delante era una señorita bellísima, más alta que baja, de cabellos castaños, grandes ojos pardos, velados por largas pestañas, nariz recta y labios sensuales; su andar rápido y gracioso revelaba una nerviosidad extraordinaria y las ondulaciones de su esbelto y bien modelado cuerpo, tenían algo de felino. Vestía sencillo traje blanco ceñido por una faja encarnada y su único adorno era un manojito de violetas y un botón de rosa sujetos al pecho por un alfiler de brillantes. Seguía una señora rayana en los sesenta, delgada, de mirar inteligente, aunque un poco burlón cuyas facciones ofrecían asombroso parecido con las de don Rafael.

—Mal portado, dijo la joven tendiendo la mano al recién venido. ¡No habernos avisado que estabas aquí!

—Llegué tan temprano que no creí hallar a Uds. levantadas.

—Mamá te vio desde la ventana del comedor y fue a darme la noticia.

—Yo no vine a saludarte, dijo sonriendo la anciana, porque estabas escribiendo con tal entusiasmo que no quise interrumpirte. ¿Era alguna escena de tu drama?

—No, unas tonterías que se me ocurrieron al ver tan poética la mañana.

—¿Y se puede saber para quién son esos versos?, preguntó Margarita.

El abogado se sonrojó como un colegial e iba a contestar, cuando se presentó don Rafael.

—¿Ya se fue el machito?, le dijo doña Virginia.

—El pobre tuvo que marcharse a pie, chapaleando el polvo, ¿no le conocías?, añadió dirigiéndose a Fernando.

—Apenas de nombre. ¿Esta es la primera vez que viene?

—No; me ha hecho tres visitas en esta semana. Está empeñado en que le venda La Ceiba, la finca que tengo en Nicoya. ¿Te acuerdas? Son dos mil hectáreas, con un puerto natural, buenas aguas, clima sano, abundantes maderas y tierras excelentes para cultivos. Mr. Ward ha formado una compañía que se propone sembrar algodón y henequén para montar después una fábrica de tejidos. Tiene un modo de proponer los negocios que encanta: nosotros con un eterno quien sabe, vamos dando largas a los asuntos. El los presenta claramente y pide respuestas categóricas. ¡Estos machos son el mismo demonio!

Su ferviente devoción no le impedía ser tolerante con los descreídos ni acompañar á su sobrina, a quien llamaba hijita, a bailes y tertulias en donde mozos y viejos le hacían rueda, atraídos por los donaires de su conversación. Comentábanse de casa en casa sus bromas y ocurrencias y su llegada animó muchas veces lánguidas reuniones. En una de éstas, preguntóle un petimetre:

—¿Qué opina Ud. de la falda-pantalón, doña Virginia?

Y ella respondió al punto:

—Que en una época en que los hombres usan corsé, polvos de arroz y colorete, nada de extraño tiene que las mujeres llevemos los pantalones.

Margarita era una criatura adorable por su belleza, gracia natural e ingenua coquetería; mas si por la línea paterna había heredado algunas de las nobles prendas que caracterizaban a los Montalvos, a la materna debía un temperamento en extremo nervioso que se revelaba en la vivacidad de sus movimientos y en una desigualdad de humor que desorientaba a cuantos la conocían. Algo impulsiva, un poco mudable en sus afectos, pasaba fácilmente de la risa al llanto, se enternecía a veces sin motivo, a veces permanecía impasible ante una escena dolorosa. En el colegio en donde se educó, era célebre por sus travesuras y por el considerable número de novios, estudiantes como ella, a quienes hizo rabiarse con su inconstancia.

Su condición veleidosa sólo vino a modificarse algunos años más tarde cuando conoció en un baile a Fernando Rodríguez cuya gallarda presencia, exquisito trato y sólida conversación la cautivaron, impresionando agradablemente también a doña Virginia, enemiga sistemática de todos los pretendientes de su sobrina.

Fernando, hijo único de una viuda riquísima, hizo en Bélgica sus estudios profesionales, pero el mismo año en que coronó su carrera de abogado, tuvo la indecible pena de recibir la noticia de la muerte de su madre. Mas por complacerla que por vocación, se había dedicado al foro, pues su naturaleza sensitiva le inclinaba a las artes y en especial a las letras y como sus -cuantiosas rentas le permitían vivir con desahogo, consagraba más tiempo a las musas que a los códigos ,y su bufete era frecuentado más por los hombres de pluma que por los clientes.

Inteligente, juicioso y buen observador, no consideraba la literatura como mero pasatiempo, sino como profesión seria y digna de los espíritus más elevados, para cuyo ejercicio se requiere sólida preparación técnica y científica.

Fue Margarita la primera mujer que le inspiró una pasión formal; pero reservado y dueño de sí mismo, no incurrió en la vulgaridad de exteriorizar sus sentimientos con manifestaciones ridículas y fue acaso esa circunspección rayana en frialdad, la que hizo nacer en la joven una inclinación que no tardó en convertirse en amor.

Obsérvese con más frecuencia la atracción de los caracteres opuestos que la de los semejantes, como si la ley del equilibrio que rige el mundo físico, trascendiera también al moral.

Imprenta Trejos Hnos.,
San José, Costa Rica, 1918.

Actualidad pedagógica -

III. -

(Continuación)

Con pretexto de extensión escolar y educación social, las escuelas pasan todo el año en visitas mutuas, veladas, comedias, fiestas para celebrar el santo y el cumpleaños de cada maestro y aún de los alumnos, etc. Bueno y muy bueno que los niños se ~~diviertan~~ diviertan y jueguen; pero que lo hagan en las tardes o los domingos, y no en las horas de clase. Sería curiosa una estadística de los días en que cada escuela ~~se~~ ha dejado de trabajar, con uno u otro pretexto. En cambio; ¿qué labor realmente útil ha hecho cada ~~escuela~~ ^{maestro}? Con excepción de unas pocas, los demás no han hecho nada. Casi a diario aparecen gaceticillos en la prensa, hablando de la creciente inmoralidad de los menores. En cuanto a instrucción, los padres se quejan de que sus hijos no aprenden nada. ¿Por qué? Porque además de haber centenares de maestros físicamente preparados, se les obliga a seguir programas absurdos. Hay inspectores que siguen obligando a sus subalternos a aplicar los monstruosos programas adoptados en la Administración Financiera y que por lo mismo están ya derogados: programas que no son tales, sino una enciclopedia en que entran todas las profesiones, oficios, artes, industrias, ciencias y disparates; en que se ~~obliga~~ ^{exige} que los niños se hagan caminos, puentes, kioscos, máquinas, etc sin talleres ni herramientas; programas sin plan, en los que se

han amontonado los de la escuela Horacio Mann, los de otros planteles norteamericanos y los de las escuelas argentinas, batunillo monstruoso amasado con teorías, que ha vuelto locos a los pobres maestros. ¿Quié ha resuelto de tan colosal embrollo? Que los maestros ~~los~~ juiciosos han continuado usando los programas de 1910, sobre los cuales debieron redactarse los nuevos, corrigiendo y ampliando aquellos; y los mismos inspectores sectarios, empeñados en hacer trazar los absurdos de 1914, confiesan hoy su fracaso. ¿Basta cuando, señores del Gobierno, durará este caos que amenaza desequilibrar los cerebros de maestros y discípulos?

Derogada la Constitución de 1914, el Estado no tiene obligación de mantener la segunda enseñanza. Redúzcase el presupuesto de esta y destínense doscientos mil colonos más a la ^{mejor} fundación de más escuelas primarias. ¿Quié sacamos con formar centenares de abogados y literatos si la mayoría del pueblo gatea en la más completa ignorancia? Mientras haya analfabetos, no habrá pueblo; mientras no haya pueblo, no habrá república.

(continúa)

Maestros ordinarios.

LA CAIDA DEL AGUILA

(Fragmento)

¿Qué les falta hoy a estas microscópicas repúblicas?

—Sólo una cosa, Mr. Adams —replicó Roberto Mora, irguiéndose arrogante y con enérgico acento: — la libertad.

—¿Y qué llamáis vosotros libertad? —contestó el yanqui con no menos calor.

¿El derecho de continuar indefinidamente degollándose unos a otros, de dejar desarrollarse impunemente la criminalidad y el vicio, de suicidarse material y moralmente?

Un chispazo de cólera iluminó las azules pupilas del costarricense; pero dominando su indignación repuso con tono reposado:

—Las naciones como los individuos están sujetas a leyes invariables de crecimiento. Inglaterra fue un país de caníbales, de hombres feroces y no hace aún muchos siglos era teatro de las más espantosas atrocidades. Lo mismo ocurrió en Francia, en Alemania, en todo el mundo. Vuestra gran República fundada por ingleses pertenecientes a una época ya muy adelantada ¿no nos ha dado hace apenas unas cuantas decenas de años, el espectáculo de la guerra civil más odiosa y salvaje que ha presenciado la Historia? ¿Cómo pretender, Mr. Adams, que pobres colonias de ignorantes y oprimidos labriegos llegaron de golpe al pináculo de la civilización? Cada pueblo es libre de realizar sus ideales, y nadie puede oponerse a ello, como ningún ciudadano puede aprisionar y castigar a otro so pretexto de que no se ajusta a las leyes de la moral. Si yo me siento feliz de vivir en una choza miserable, casi desnudo y alimentándome de frutas ¿por qué ha de venir un vecino, valido de la fuerza, a incendiar mi rancho, a obligarme a vestir decentemente, y a alimentarme de carne? ¿Con qué derecho habéis vosotros exterminado las tribus indígenas que en otro tiempo vagaban por vuestro inmenso territorio, a aquellos pueblos indios heroicos, admirables, ejemplares soberbios de la raza humana, despreciadores del peligro, que morían riendo a carcajadas en medio de los más espantosos tormentos? Eran ellos los primeros ocupantes del país, sus dueños por derecho natural; vivían felices en medio de sus praderas, cazando bisontes; su resistencia homérica no ha sido cantada por ninguno de vuestros gazmoños poetas. ¿En nombre de quién los aniquilasteis, como los españoles a los pueblos felices y viriles que sojuzgaron? En nombre de la ley suprema del más fuerte, de esa ley que condenasteis cuando Alemania trató de acabar con el poderío de las naciones rivales del Viejo Continente, ley elástica que os permite mostraros como apóstoles de la libertad y del derecho para engañar a los neutrales de la gran contienda europea, y que utilizáis en provecho propio cuando es necesario abrir un canal para monopolizar el comercio de un continente y defender vuestras costas. Os sublevó el atropello de una Bélgica invadida por los alemanes por necesidades militares, y no vacilasteis en desgarrar a Colombia para adueñaros del Canal de Panamá ni en ultrajar a Costa Rica para , abrir el de Nicaragua. Estas repúblicas admiraban vuestros progresos y os habrían recibido con los brazos abiertos como poderosos factores de su adelanto: ahora, después de las matanzas de Puntarenas, de Amapala y Acajutla,, saben ya a qué atenerse y os combatirán sin tregua, porque desdeñando injustamente a nuestra raza,

cuyas buenas cualidades no sabéis apreciar, os empeñáis en hacerla desaparecer de la faz de la tierra. Una alma encendida en el más puro patriotismo es capaz de derribar un imperio: el genio de Bolívar, sin armas, sin recursos, sin pueblos que le secundasen en su grandiosa empresa, arruinó el poderío de una nación que fue durante siglos dueña del mundo.

A lo largo de la playa se alineaban doscientos marinos en correcta formación, capitaneados por el conde Stein, Valle y Delgado, que presentaron las armas cuando Roberto les pasó revista a los acordes del himno de Costa Rica, ejecutado por la banda marcial que estaba a la cabeza de la fila.

Roberto se descubrió conmovido, y dirigiéndose a sus camaradas gritó con voz vibrante:

—Compañeros, ha llegado el momento de la acción. La egoísta República que en provecho de sus particulares intereses privó a España de sus colonias, se apoderó de las Filipinas, mutiló a Colombia y asesinó a millares de centroamericanos para apropiarse de sus ricos territorios, va a saber dentro de poco lo que puede la cólera de un puñado de hombres libres. Desprecia a estas minúsculas nacionalidades como si estuvieran formadas por parias, sin sospechar que el amor patrio no se mide por millones de hombres y que no es patrimonio exclusivo de las grandes potencias.

Por ignorar ese sentimiento se desmoronaron los imperios orientales; por despreciarlo se hundieron Macedonia y Roma, la Francia Napoleónica y Alemania. Por devolver a los pueblos el derecho de disponer de sus destinos y de emanciparse de la tutela de la fuerza representada por las bayonetas o el dinero, estamos luchando nosotros y nos hallamos en vísperas de coronar nuestros ideales. Si sucumbimos, lo que es poco probable, moriremos con la conciencia de habernos sacrificado como Cristo, por nuestros semejantes.

Un ¡hurra! formidable acogió las últimas palabras de Roberto.

*

**

Roberto, entristecido, se dirigió al Secretario.

—Mr. Adams, todavía es tiempo de evitar nuevas desgracias. ¿Quiere usted telegrafiar a su Gobierno? El inalámbrico está a su disposición.

El Ministro de Marina, ocupado en consolar a su hija, no contestó palabra.

Roberto dirigió entonces sus pasos a la borda, examinando el Oeste con su caja semejante a un estereoscopio, prorrumpió de improviso en exclamaciones de júbilo.

—¡La escuadra! gritó el doctor Valle.

Abrióse entonces una ancha escotilla en la proa del Cañas, y cien marinos, con uniforme de gala y la banda a la cabeza se alinearon sobre la cubierta del submarino.

Por el lado de Occidente apareció un soberbio espectáculo: en un frente de más de tres leguas avanzaban dos mil barcos en tres filas, en correcta formación como un regimiento de infantería; encima de ellos, a mil metros de altura, volaban en una sola fila mil puntos negros. Hay en El Salvador unos gavilanes que al terminar la estación lluviosa emigran hacia la costa. Por espacio de varios días se les ve volar a considerable altura, lenta y majestuosamente, como un disciplinado ejército. Observando aquellos mil aeroplanos se recordaba a los azacuanes salvadoreños por la serenidad de su vuelo y la regularidad de sus filas.

La misma Fanny, dando treguas a su dolor, no pudo menos de volver los ojos hacia el maravilloso cuadro; su padre parecía alelado y el joven hondureño, agitando su quepis, saludaba frenéticamente.

—¡Por Dios, Mr. Adams, todavía es tiempo! gritó Roberto.

El aludido, sin contestar, continuó mirando las dos escuadras aérea y marítima, cual si desconfiara de su fuerza y esperase que las de su patria dieran buena cuenta de ambas. Bruscamente aparecieron del lado de la costa centenares de puntos negros a diversas alturas, describiendo caprichosas espirales. Casi a un tiempo se iluminaron todos con un resplandor azulado y se oyó un estruendo sordo y continuo como el de una artillería lejana.

Los aviones americanos atacaban. Mr. Adams, que observaba emocionado la escuadra aérea del Japón, esperando ver caer algunas unidades bajo el fuego de sus paisanos, fue testigo entonces de algo que le hizo enmudecer de pasmo.

Los mil aeroplanos nipones, en una sola fila, se habían detenido, permanecían inmóviles como los colibríes al chupar las flores. Ni uno solo fue derribado. Parecían peces sin alas, sostenidos por hélices invisibles.

De pronto se desprendió de cada uno de ellos un objeto semejante a un cohete enorme. Aquellos mil dardos dirigidos contra los aviones norteamericanos los persiguieron tenazmente como los sabuesos a las tímidas liebres.

En vano los aeroplanos yanquis se elevaban, descendían o giraban locos de terror: tras ellos iban los cohetes siguiendo el vacío que dejaban las naves en su vuelo, e iban a adherirse bruscamente a la popa, produciendo sordas explosiones. Veíase luego un copo de humo bronceado, inmóvil, macizo, y enseguida se distinguían restos de máquinas, de cuerpos humanos y de objetos extraños que por todas partes llovían al mar como las cenizas de una erupción volcánica.

Los mil quinientos aeroplanos que defendían a San Francisco habían dejado de existir.

Fanny perdió el conocimiento y su hermosa cabeza se dobló hacia atrás en el respaldo de su sillón de junco.

Acudió su padre a prodigarle sus cuidados, y aquel fiero sajón avezado a las luchas de la vida y a arrostrar con semblante sereno la mala fortuna, tenía el suyo demudado y a duras penas lograba contener sus lágrimas.

—Usted lo ha querido así, Mr. Adams, exclamó severamente Roberto. Ahora, ya es demasiado tarde. Antes de media hora esos mismos aviones que constituyen mi orgullo de inventor mecánico, habrán hundido los doscientos barcos de guerra estacionados en el puerto. La escuadra japonesa no disparará un solo cañonazo; todo será obra de mis temibles pájaros de metal. Con cincuenta libras de japonita echarán a pique el más gigantesco dreadnaught. Tampoco el ejército amarillo tendrá ocasión de luchar con el yanqui. Tres o cuatro horas serán suficientes a mis pájaros mecánicos armados con el infernal explosivo inventado por Amaru para reducir a polvo el ejército de dos millones, encargado de defender la costa del Pacífico.

Usted y sólo usted, Mr. Adams, será ante la Historia el responsable de tantos horrores.

AL TRAVES DE MI VIDA

(Fragmento)

Con ella —Mercedes Acuña, madre de Mauro Fernández— aprendí a leer en poco tiempo, menor que el hoy empleado con los métodos fonéticos modernos. El día que acabé la cartilla, la colocó en una gran bandeja llena de dulces y flores con un cohete encima y me envió a casa acompañado de Manuel, su sirviente, quien llevaba la bandeja e iba tocando una campanilla. Las mujeres, pensando que era el viático, se arrodillaban en las puertas; y yo, muerto de vergüenza, eché a correr para no oír sus risas.

La cartilla, atada a la caña del cohete, subió majestuosamente al espacio, anunciando a la capital que un minúsculo ciudadano, acababa de salir de las tinieblas. Después de la mazamorra con que se celebró al fausto acontecimiento y a la cual asistieron todas mis condiscípulas y condiscípulos (la escuela era mixta), me llevó a su cuarto mi tío Nicolás Chavarría, el hombre más callado, metódico y honrado que he conocido, y sentándome sobre sus rodillas, me puso delante un ejemplar de La Gaceta y me invitó a leer. Sin duda quedó satisfecho de la prueba, pues tomando su sombrero, salió sin decir palabra y regresó a poco con un paquete de cuadernos impresos en colores chillones.

Simón el Bobito, El gato con botas, Michín y otros cuentos divinos que constituían la delicia de la gente menuda. Muchos regalos he recibido en mi vida, pero ninguno me ha causado emoción tan deliciosa como aquellas abigarradas estampas y aquellas historias y versos que, en pocos días, me aprendí de memoria.

*

**

No menos poderosa fue mi afición por el teatro; el espectáculo me producía una excitación febril y aun hoy día, las grandes obras dramáticas me dan calentura. ¡Con qué ansiedad contaba a las siete y media de la noche, los jueves y domingos, los cohetes que anunciaban si había o no función! Esta se suspendía en aquel tiempo por la más ligera llovizna y entonces disparaban sólo dos cohetes, en lugar de los tres reglamentarios.

Esta pasión dio origen a otra de muy diversa índole, anuncio precoz de un temperamento erótico. A los once años estaba enamorado como el Dante, aunque quiso mi mala suerte que sólo en esto nos pareciésemos. Mi primer amor fue una corista de la Compañía de Villalonga. Nunca, ni en los mejores tiempos, ha habido tanto entusiasmo por una troupe. El público estaba dividido en dos bandos: el de la Villalonga (la soprano) y el de la Esperanza (la contralto). Mi padre y yo éramos esperancistas. Recuerdo que nuestra heroína recibió la noche de su beneficio regalos por valor de veinte mil pesos. Pero yo no tenía ojos para las dos estrellas rivales, ni para el don Lope de las Hijas de Eva, ni para el marqués del Juramento, ni para Jorge el de la Marina, sino para mi ídolo, confundido en las filas del coro. Aquella mujer debía ser muy hermosa, pues varios bebían ios vientos por ella y, al fin, uno más afortunado se la apropió y la hizo quedarse en Costa Rica.

Yo nunca la había visto fuera del teatro; figúrese, pues, el lector, mi emoción un día en que, al salir de casa, tropecé de manos a boca con ella. Recuerdo que en el cordón de la acera había unos adobes y yo me subí sobre ellos para cederle el paso, contemplándola alelado y con el corazón palpitando con el estruendo de un bombo. De pronto se volvió a mí y me dirigió la palabra. Me flaquearon las piernas y se me nubló la vista como ante una aparición divina; ella me preguntaba por la dirección de una costurera que vivía allí cerca. Le di las señas balbuciente y ella me dijo con la más amable y maliciosa de las sonrisas: "Mil gracias, joven-cito". Me quedé parado sobre los adobes hasta que la vi entrar; pero antes de traspasar el umbral, volvió la cabeza para mirarme. Sí, ¡para mirarme! De eso no me cupo la menor duda. La felicidad me quitó aquel día el apetito y a la noche, el sueño. Mi amor se apagó como por encanto cuando, ida la compañía, vi a la corista convertida en una de tantas, paseando con su amante y en vísperas de ser madre. ¡Cosa extraña! Mientras mis condiscípulos tenían novias de su edad, a mí me llamaban la atención solamente las grandes, manía que conservé durante los años de colegio.

*

**

El nuevo director⁽¹⁾ —de El Instituto Nacional— era un hombre de más de cuarenta años, alto y delgado, con los ojos escrutadores, los espejuelos y la joroba característica del que pasa inclinado sobre los libros la mayor parte de su vida. Su levita de largos faldones parecía formar parte de su cuerpo, pues ni entonces ni cuarenta años después, ha usado otra prenda. Su rostro, de corte aristocrático, ostenta la gravedad del sabio que rumia sus propios pensamientos, preocupándose muy poco del mundo que le rodea.

Poseía nuestro director todos los atributos del hombre de ciencia, aun el de la irasibilidad: con frecuencia se exaltaba y daba grandes voces, gesticulando enérgicamente y ¡cosa rara!, aquellas tormentas nos atemorizaban menos, mucho menos que el rostro impassible y la burlona sonrisa de don Adolfo. Repetidas veces he observado el mismo fenómeno en mis cuarenta años de labor pedagógica; siempre es más respetado de los niños el maestro ecuánime que el colérico, porque aquéllos consideran como signo de debilidad el exaltarse por fútiles motivos.

Como profesor, tenía don Valeriano un defecto común a todos los que poseen vastos conocimientos y a la vez imaginación: divagaba mucho y le bastaba en ocasiones una palabra, una letra, para apartarse del tema de la lección y llevarnos por los vericuetos de la historia, de la filosofía o de la política, en amena e instructiva charla. ¡Pero, qué lecciones las tuyas! Su entusiasmo por las lenguas clásicas se nos comunicaba y encontrábamos atrayentes unos estudios que en otros colegios son la desesperación de los principiantes. Lo queríamos porque, intuitivamente, adivinamos que se parecía a nosotros; que era un niño grande. Sencillo, ingenuo, franco, sin soberbia ni fingida modestia, era una alma transparente que vivía, no en nuestros tiempos mezquinos y prosaicos, sino en los de Esquilo o de Virgilio.

Al través de mi vida. Editorial Costa Rica,
Imprenta Trejos. San José, 1961.

NOTAS

1. Valeriano Fernández Ferraz

LAS CAMPANAS DEL CARMEN

¡These evening bells,
These evening bells ...!

Volví a la patria después de una larga ausencia, cuando de pronto al través de la niebla de aquella fría tarde de diciembre un tropel de notas argentinas resonó en mi corazón, evocando todos los recuerdos de mi vida.

¡Las campanas del Carmen! En esa edad en que sólo se piensa en jugar trompos y en ir a la escuela, ¿no eran ellas las bulliciosas vecinas que me despertaban con su alegre repiqueteo, las que me anunciaban los domingos la hora temida de ir remolcado por mi madre a la enojosa misa de diez? ¡Inolvidable misa de diez!

Años más tarde, ya adolescente, jamás falté a ella. Y cómo no, si era la misa que oía mi novia. La oía, sí, pero no la veía: la hermosa niña interponía entre ella y su madre una punta de su pañolón, a manera de pantalla y dejaba caer la opuesta para mirarme a sus anchas.

Para mí no existían en aquellos deliciosos momentos, sacerdote, incensarios, latines ni bendiciones: mi misa eran aquellos ojos relampagueantes, mis bendiciones aquellas miradas de amor.

¡Ay!, en esa edad feliz, una tarde las campanas tañeron lúgubremente. ¡Mi padre había muerto! Aquellas notas lentas que me desgarraban el pecho, me hicieron comprender mejor que cualquier lenguaje humano la noción de la orfandad.

Pero rodaron los años con la monotonía de las olas que se empujan unas a otras, y una alborada las campanas repicaron regocijadas, bañando mi alma con un torrente de divinas armonías. Era el día de mis bodas; era ya mío el único bien que hoy tengo sobre la tierra. Un mes después . . . aquellas mismas campanas arrancaban a mis ojos mares de lágrimas. ¡Era el entierro de mi madre!

Otras muchas veces las he oído sollozar, pero no de un modo tan desgarrador como aquel día.

Vosotras, viejas campanas del Carmen, habéis asistido a mis alegrías y a mi dolores: vuestros bulliciosos repiques y vuestros fúnebres dobles son la historia de mi vida, y aún en el destierro me ha acompañado el eco de vuestras lenguas de bronce. ¿Qué alegría podéis ya anunciarme? Se acerca el invierno, y el huracán derriba uno tras otro los troncos de la selva. Para cada amigo que se va, tenéis vosotras un adiós plañidero. Yo ¡ay! no lo oiré al morir, ni vuestras notas argentinas rodarán como lágrimas sobre mi ataúd.

Usted, Rosita, que, como yo, nació y se ha criado en la vecindad de esas campanas, ¿verdad que consagrará un recuerdo a su maestro y amigo muerto en tierra extraña, cuando las oiga doblar tristemente?

DISCIPLINA ESCOLAR

Los progresos de una escuela primaria están en razón directa del grado de perfeccionamiento alcanzado por su disciplina. Dadme maestros instruidos, sabios, discípulos inteligentes: suprimid la disciplina, y el resultado será nulo. De aquí la escrupulosa atención con que los pedagogos han estudiado este importante factor de la enseñanza. Pero el problema es sencillo: la disciplina escolar se funda tan sólo en el mutuo cariño entre el maestro y sus alumnos. La escuela es la sociedad en miniatura: en aquélla como en ésta, los únicos lazos sinceros y durables son los que establece el amor. Pretender guardar el orden por medio de rudos castigos ó empleando la fuerza, es abrir un abismo entre el preceptor y los educandos, el abismo que separa a los oprimidos del tirano. Los tiranos son siempre aborrecibles.

El rigor podrá algunas veces mantener la disciplina, pero llevado al extremo sólo consigue exasperar á los escolares, hacerles odiosa la persona del maestro, y al cabo producir desórdenes, faltas graves que el jefe de la escuela no podrá reprimir por haber agotado todos los castigos.

Pero demos de barato que el terror logre amedrentar a los niños, que una sola voz del maestro les haga palidecer y echarse a temblar; admitamos que en la clase ninguno ose moverse ni chistar, que en los juegos, en los recreos estén todos como en las lecciones, pendientes de una mirada del profesor, temiendo a cada paso incurrir en una falta; supongamos que el régimen tiránico dé por resultado la completa y servil sumisión de los alumnos. ¿Qué se habrá adelantado? La inflexible disciplina militar ha triunfado, es innegable; pero el espíritu ha muerto. La tiranía en la sociedad de los hombres y en la escuela mata el espíritu, embota la inteligencia.

La vida encerrada en oscura estancia, privada del espacio, de calor y de luz, parece sin remedio; al aire libre, en terreno preparado, apoyada en los puntales del emparrado, sostenidos convenientemente sus vástagos sin estar oprimidos, dará abundantes y dulces frutos.

De igual manera los niños no necesitan rigor, sino dulzura; el encargo de los maestros no es oprimir á la tierna infancia, sino sostenerla y dirigirla; enderezar suavemente la rama torcida y cuidar esmeradamente de que no se tuerzan las derechos. Un maestro brutal, iracundo é injusto, ahoga en los corazones infantiles los impulsos generosos, seca las fuentes del bien; siembra en ellos el germen de las malas pasiones, y pervierte las almas puras y sencillas que la nación ha puesto bajo su cuidado.

Un maestro cariñoso, solícito, justo y bueno se granjea el afecto de los discípulos; se hace respetar y obedecer, sin dificultad, y hace amable el estudio y agradable la escuela. El trato entre el educador y los niños, sin embargo, por huir de un extremo puede dar en otro; esto es, por evitar el rigor excesivo, llega a veces a una ridícula familiaridad. Tal es el motivo por qué algunos condenan la suavidad y dulzura de la escuela moderna; pero cualquier maestro de mediana educación e inteligencia sabe colocarse á igual distancia de ambos extremos.

El trato puede ser dulce, paternal, sin degenerar en excesivamente familiar; puede inspirar confianza a los niños, sin darles pie para que olviden el respeto debido a los superiores; se puede ser tolerante, sin consentir por eso los abusos.

¿Por ventura los hijos aborrecen al padre cuando les represente una mala acción ó les corta la libertad para librarlos de un peligro? De ningún modo; los niños rara vez dejan de comprender el motivo de una resolución ó la justicia de un castigo cuando una y otra provienen de personas interesadas en su felicidad, como los padres y maestros. Por otra parte, el maestro de escuela no trabaja para el presente: trabaja para el porvenir. El ejemplo de la escuela tiene en la vida del ciudadano más influencia de la que generalmente se cree. De ahí la obligación en que se halla el maestro de practicar a todas horas la más estricta justicia, de establecer vínculos fraternales entre los escolares, de tratarlos como a hijos y no como a esclavos; de desterrar las malas pasiones suavizando las costumbres, enseñando la cortesía y buenas maneras, evitando los arranques de ira, la violencia, la exorbitancia de las penas.

La experiencia adquirida en los ocho años que llevo consagrados a la enseñanza, me autoriza para dar a los maestros los siguientes consejos:

1o—Conviene no prodigar los castigos, porque éstos pierden la eficacia cuando se aplican, a menudo.

2o—El rigor de la pena ha de guardar siempre justa relación con la gravedad de la falta.

3o—Siempre que se imponga un castigo, debe el maestro indicar la causa, explicar la naturaleza de la falta cometida, manifestando la pesadumbre que le ha causado, y el pesar que siente al verse obligado a emplear el rigor.

4o—En la escuela no han de oírse jamás palabras amenazadoras ó denigrantes, ó gritos destemplados; ni ha de darse tampoco a los niños el espectáculo de un hombre, que poseído de la ira, acciona, gesticula y vocifera como un energúmeno.

5o—Es menester pensar maduramente antes de imponer un castigo; pero una vez comunicado al culpado y a la clase entera, ha de llevarse a cabo con resolución, a no ser que medien circunstancias muy excepcionales: en tal caso es necesario de todo punto exponer los motivos que ocasionan la revocación de la sentencia.

6o—Hay que ser indulgentes con ciertas faltas leves, propias de la edad infantil, sobre todo en las clases de parvulillos inocentes que no tienen aún noción de sus deberes escolares.

7o—El mejor modelo para un maestro de escuela no es Nerón ni don Pedro de Castilla: es Jesucristo.

El Maestro. San José, 7 de diciembre de 1889.

LOS MAESTROS Y LA GRAMATICA

Señor Director de
LA INFORMACION
Pte.

Al pedirme Ud. mi opinión sobre los medios que han de emplearse para atajar la creciente corrupción de nuestro lenguaje, me pone Ud. en el mismo aprieto en que se vería, por ejemplo, don Elias Jiménez R. —el más puro e ilustrado de los costarricenses— si le pidiesen un remedio pronto y eficaz contra la inmoralidad reinante; o el Dr. Uribe —el más acertado de nuestros galenos— si solicitásemos de él un específico para curar la imbecilidad congénita. Y digo esto, no porque yo me crea autoridad en punto de idioma, como lo son ellos en otros ramos del saber, sino para ponderar lo pesado de la carga que Ud. quisiera ver sobre mis hombros. Porque empresa es, y morrocotuda, la de empeñarse en que ha de hablar bien quien se obstina en hablar mal, máxime si los mismos obligados a apartarle del camino tortuoso le incitan a seguirlo. Con muy raras y honrosas excepciones, oradores, poetas, periodistas, y lo que es peor, hasta maestros de escuela y profesores de segunda enseñanza, miran con desdén, por no decir con horror, cuanto se relaciona con la pureza y propiedad del lenguaje. En apoyo de esta inculpación podría amontonar aquí centenares de citas; pero en obsequio de los lectores me limitaré a apuntar sólo dos.

En un proyecto de programas que circuló profusamente, escrito por dos profesores de castellano, maestros de maestros, se lee: "Nuestros defectos son nuestros hijos", esto es, cada uno es responsable de sus propias faltas: por lo menos, esto fue lo que quisieron decir los estimables autores; pero la mala sintaxis convirtió una expresión inofensiva, en una verdadera herejía. Supongamos que una mala hija causó la ruina de su padre "la desgracia de toda mi vida fué mi hija" diría con mucha razón el infeliz: mas si quiere significar que él se labró su propia desventura, diría: "mi desgracia es hija mía". ¿Quién no distingue entre estas dos expresiones: este niño es mi hijo y este niño es hijo mío? Y si descuidos de tal naturaleza se encuentran en especialistas ¿qué mucho que los profanos incurramos en otros de mayor calibre?

Revisando los cuadernos de un escolar que vivía en mi casa, encontré una vez tales gazapatones ortográficos y tales disparates gramaticales —en las tareas ya corregidas por la maestra— que juzgué conveniente poner el hecho en conocimiento del director de la escuela. Amonestada la maestra replicó con estas palabras textuales: "¿Y don Carlos se preocupa todavía de eso!". No, distinguida señorita, ya no me preocupan esas cosas: aunque .tarde,- reconozco mi error y me arrepiento de haber pensado que el maestro tiene obligación de enmendar los despropósitos infantiles; y sería lástima, porque ¡son tan graciosos y originales! Dejemos que los niños hablen y escriban como quieran, que interpreten a su antojo lo que leen, que jueguen con el idioma como juegan con pompas de jabón. ¡Que diversión tan agradable para los chicuelos y qué gran alivio para sus pastores! Nada de abrir voluminosos y empolvados diccionarios ni hojear indigestos tratados de gramática, ni calentarse la mollera discurriendo si se debe decir inmiscuyo o inmiscuo o sitial o cual vocablo está o no en el léxico académico; riada de resolver problemas de sintaxis, ni corregir cuadernos, ni anotar faltas de ortografía, ni hablar, de sujetos y complementos. ¡Abajo las reglas!, ¡vivada anarquía! ¿Acaso los párvulos de tres años no se forjan su charla inteligible?

¿No modulan libremente sus trinos los pajarillos? Imitémoslos,. pues, y dejemos que cada uno fabrique su propio lenguaje y haga de su capa un sayo; así comenzaremos por balcucear cómo los niños, gorjearemos luego como las avecillas y acabaremos por balar ¡Dichosas las ovejas que no tienen qué aprender gramática!

En una importante revista norteamericana leí una serie de artículos encaminados a discutir la palabra manufactura, que a juicio del autor debía sustituirse con otra más propia, puesto que la mayor parte de los productos que llamamos manufacturados se hacen con máquinas.

Creo en la Gran República que así como no es posible realizar transacciones comerciales sin determinar previamente y con toda claridad el valor de las monedas nacionales y extranjeras, tampoco sería posible el comercio de ideas sin dar antes a las palabras un valor bien definido, reconocido y aceptado por todo el público. ¡Válgame Dios, y qué desocupados deben de estar los señores yanquis para ocuparse en tales pequeñeces! Cuando nos traten más de cerca (y quiera el cielo que no sea muy pronto) no faltará de fijo una maestría que les haga ver lo fútil de su empeño y les inspire santa aversión por las palabras.

En 1897 publiqué El Vocabulario de- las Escuelas, en el cual se contienen todas las voces que una persona educada puede emplear al hablar o al escribir para el público, o las que puede encontrar en periódicos y libros. Como existía entonces cierta prevención contra todo lo que salía de mi pluma, me contenté deliberadamente con traducir y adaptar al castellano un texto oficial de Suiza, del cual se habían hecho cerca de doscientas ediciones; pero los pedagogos costarricenses, más sabios que los suizos, condenaron mi libro por "antipedagógico".

Igual suerte corrió "El Vocabulario de los Niños", adaptación de un texto francés ilustrado, tan notable que la Municipalidad de París compró cien mil ejemplares para distribuirlos gratis en las escuelas.

En el resto de Centro-América se han vendido cerca de cinco mil ejemplares de esa obrita mía y en estos días recibí de El Salvador un nuevo pedido de doscientos y de Guatemala uno de ciento cincuenta. El Gobierno distribuyó en nuestras escuelas los diez mil ejemplares que por derecho le correspondían; pero nuestros pedagogos, más sabios que los franceses, no juzgaron necesario sacarlos del rincón en que yacen olvidados.

Cuando disponga de más tiempo y paciencia diré algo sobre el modo cómo se enseña entre nosotros el idioma patrio y el por qué de la mala preparación con que llegan los niños a los colegios, en donde conservan hasta el bachillerato los resabios arraigados en cinco años de vida escolar.

El objeto de la presente es, señor Director, mostrar a Ud. los obstáculos con que se tropezaría para poner por obra la idea de una academia de maestros; y en caso de que llegara a realizarse el benéfico proyecto sugerido por Ud., no sería yo el llamado a desempeñar tan difícil cometido sino mi querido maestro, el sabio y venerable doctor Ferraz.

18 - marzo - 1916

C. Gagini

La Información, 19 de marzo de 1916.

CONGRESO PEDAGOGICO DE INSPECTORES DE ESCUELAS DE LA REPUBLICA *

(Fragmento)

En la tarde, Gagini disertó sobre las actividades industriales e hizo un buen acopio de sugerencias al respecto.

Habló de telares, máquinas tejedoras, fabricación de objetos de hoja de lata, ídem de instrumentos musicales, objetos de barro amarillo, esteras, petates que aumentan la riqueza del país y forman profesión en los niños que no pueden asistir a los colegios de segunda enseñanza. Dijo que no hay necesidad de importar profesores para la enseñanza de artes industriales en la escuela; que aquí hay muy buenos elementos que pueden enseñar a los maestros hábiles. No debe haber programa para estas actividades, sino hacer una larga lista de sugerencias al respecto que el maestro escogerá según la región en que trabaje y las facilidades que tenga para obtener la materia prima.

Los inspectores son los llamados a perfeccionar esas pequeñas industrias con su dirección y consejo a los maestros. Que se despierten las iniciativas en los niños. Se refiere a los programas de Brenes Mesen y dice que en unas cuestiones son muy amplios y en otras muy reducidos. La observación debe servirle a los niños para iniciarlos en el estudio sistemático de las ciencias.

* *La Tribuna*, 21 de enero de 1922

BIBLIOGRAFIA

- 1— Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica. Tipografía Nacional, 1892. Reimpresión, 1893. Premio medalla de plata en la exposición de Guatemala de 1897.
- 2— Ensayo lexicográfico sobre la lengua de Torraja. Tipografía Nacional, 1892.
- 3— Ejercicios de lengua castellana. Tipografía Nacional, 1897. Premio medalla de oro de la exposición de Guatemala de 1897.
- 4— El vocabulario de las escuelas. Tipografía Nacional, 1897.
- 5— Chamarasca. Imprenta y Librería Española, 1898.
- 6— Los Obreros. Himno. Música de J. J. Vargas Calvo. Estrenado el 15 de setiembre de 1902.
- 7— El Lector Costarricense. Adoptado por varios años en las escuelas del país.

Primera edición: Henrich & Compañía, Barcelona,. 1901.

Segunda edición: María V. de Lines, San José de Costa Rica, 1907.

Tercera edición: E. Lahure, París, 1912. Cuarta edición: Joseph Watchel, Nueva York, 1924. Quinta edición: María V. de Lines, San José, 1927.

- 8— El vocabulario de los niños. Dos volúmenes. Tipografía Nacional, 1904.
- 9— Teatro — Dos zarzuelas y una comedia. El Marqués de Talamanca. — Los pretendientes. — Don Concepción. Imprenta Angel Delgado, Santa Ana, El Salvador, 1905.
- 10— Elementos de Gramática Castellana. Imprenta Angel Delgado, Santa Ana, El Salvador, 1907.
- 11— Programas oficiales de instrucción primaria de la república de Costa Rica, 1909. s.m.i.
- 12— Nociones de Psicología. Imprenta del Comercio, 1911.
- 13— Los aborígenes de Costa Rica. Imprenta Trejos Hermanos, 1917.
- 14— Cuentos Grises.

Primera edición: Falcó & Borrarse, 1918. *

Segunda edición: Imprenta Las Américas, 1958.

Tercera edición: Editorial Costa Rica, Imprenta Lehmann, 1963.

Cuarta edición: Apud Cuentos y otras prosas. Imprenta Lehmann, 1969.

Quinta edición: Apud Cuentos y otras prosas. Imprenta Lehmann, 1971.

- 15— Programas de enseñanza primaria. Programas rurales. Imprenta Lehmann, 1918.
- 16— El árbol enfermo. Novela.

Primera edición: Imprenta Trejos Hermanos, 1918.

Segunda edición: Imprenta Trejos Hermanos, 1922.

Tercera edición: Imprenta Trejos Hermanos, 1930.

- 17— La ciencia y la metafísica. Imprenta Falcó & Borrarse, 1918.

18— Diccionario de costarriqueñismos.

El silbato de plata y A París fueron premiados.

Primera edición: Imprenta Nacional, 1918.

Segunda edición: más apéndices II y III, nombres geográficos: Alberto González, H. Pittier y Fournier. Imprenta Nacional, 1919.

19— La sirena. Novela. Imprenta Trejos Hermanos, 1920.

20— La caída del águila. Novela. Imprenta Trejos Hermanos, 1920.

21— Documentos para la historia de Costa Rica. Imprenta Nacional, 1921.

22— El Erizo y Latino. Imprenta Trejos Hermanos, 1922.

23— Vagamunderías. Versos póstumos. Imprenta Trejos Hermanos, 1925.

24— Las cuatro y tres cuartos y Don Concepción. Apud Selección de cuatro autores costarricenses. Ministerio de Educación Pública. Imprenta Trejos Hermanos, 1959.

25— Trocitos de carbón. Apud Luz y bambalinas, antología de teatro para niños. Lilia Ramos. Imprenta Tormo, 1961.

26— El reino de Flora. Música de Ismael Cardona. Apud Luz y bambalinas, op. cit.

27— Madre modelo. Apud Luz y bambalinas, op. cit.

INEDITOS

1— Su última novela.

2— Las dos tinajas. Juguete cómico en verso.

3— Cartilla de esperanto.

MANUSCRITOS EXTRAVIADOS

1— Historia de la educación costarricense.

2— La Casta Rica precolombina.

3— Curso de filología castellana.

4— En la ciudad del lodo.

5— El duende del encinar.

6— Toño.

7— Mañanita de sol.

8— Las musas en el colegio.

9— Elisa.

* Obras publicadas en el volumen de El árbol enfermo, segunda edición.

** Cuando falta indicación de la ciudad donde se publicó una obra, entiéndase que fue en San José, Costa Rica.

CRONOLOGIA

- 1865—Nace el 15 de mayo en San José de Costa Rica.
- 1871—Inicia estudios primarios.
- 1881—Obtiene el bachillerato en el Instituto Nacional. Maestro de aritmética en la escuela de José Ramón Chavarría.
- 1882—Profesor de castellano y latín en el Instituto Nacional. Muere su padre.
- 1883—Maestro de aritmética en la escuela privada de Marian Le Cappellain y director en la de María Peralta de Rivero. Escribe Gramática teórica.
- 1884—Alumno en los cursos de ingeniería dirigidos por Rodolfo Bertoglio y Lesmes Jiménez. Inicio de su carrera literaria. Ensayo critico en defensa de la Universidad. Buen éxito en su gestión formulada al presidente Próspero Fernández y al Ministro de Instrucción pública, Eusebio Figueroa.
- 1885—Escribe Gramática práctica. Hace un proyecto de programas para las escuelas primarias. Director de las escuelas públicas de Alajuela.
- 1886—Examinador de las escuelas de la provincia de Alajuela.
- 1887—Inspector provincial de escuelas de Alajuela. Desde mayo, profesor de gramática, literatura e historia en el Liceo de Costa Rica. Escribe muchas poesías, artículos, la novela El duende del encinar y la novela Elisa. Publicación de fragmentos de su Gramática en la revista "El Maestro.
- 1889—Escribe un texto, Lectura explicada para las escuelas, obra de la que se publican cinco ejercicios en la revista El Maestro. Redacta los programas de castellano, literatura castellana y literatura comparada.
- 1890—Casa con Ana María Mora Cañas. Fallece su madre.
- 1891—Escribe Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica. Se edita en la Imprenta Nacional por orden del presidente José Joaquín Rodríguez. Redactor ad honorem de Costa Rica Ilustrada, de Próspero Calderón. Polémicas interesantes y fructíferas con Juan Fernández Ferraz y con Ricardo Fernández Guardia.
- 1892—1894—Director del Liceo de Costa Rica.
- 1900—Traslado con sus colegas del Liceo de Costa Rica al Colegio Superior de Señoritas dirigido por Marian Le Cappellain. Escribe El marqués de Talamanca. Se estrena esta obra en el Teatro Nacional el 24 de noviembre con música de Eduardo Cuevas. Su libro El

lector Costarricense es aprobado. Viaje a Europa con el fin de editarlo en Barcelona. También visita Zaragoza, Santander, Bilbao, París y Nueva York.

1903—Le proponen la dirección del Liceo Santaneco en El Salvador.

1904—1908—Viaja a tomar posesión de su nuevo cargo que ocupa durante cuatro años.

1908—Retorno a Costa Rica. Redacta nuevas leyes de educación común. Elabora programas para educación primaria que rigen diez años. El ministro de Instrucción Pública Luis Anderson lo nombra profesor en el Liceo de Costa Rica y subsecretario de su cartera.

1909-1914—Director del Liceo de Heredia.

1915-1917—Director de la Biblioteca Nacional.

1917—Director de la Imprenta Nacional.

1918—Director de la Escuela Normal de Costa Rica.

1919—Inspector de Segunda Enseñanza.

1920—Muere su esposa. Profesor en el Liceo de Costa Rica y en el Colegio Superior de Señoritas. Jefe de la sección histórica de los Archivos Nacionales y editor de documentos.

1921—Muere su madre política.

1924—Jubilación.

1925—Muere el 31 de Marzo en San José de Costa Rica.